

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, JUNIO 26 DE 1898.

NUMERO 26



¡Pro Patria!

LA SEMANA

SUMARIO.—Una novela de Gaboriau.—La tarjeta de visita de los asesinos.—¿Quién es el matador?—La regeneración de la mujer.—Una tentativa original.—El trabajo femenino.—Talleres para mujeres desvalidas.

El crimen de que fué víctima Vicenta Morales cerca de la garita de Vallejo, amenaza asumir las proporciones y la estructura de una novela de Gaboriau. En una casa ruinosa y deshabitada yacia días pasados el cadáver de una mujer apunaleada; de las pesquisas de la policía resultó: en la bolsa de la enagua que vestía la occisa un retrato suyo con este letrero al dorso "Retrato de Vicenta Morales, mujer del soldado Brígido Hernández" en el suelo un puño de celuloide de los que usa la tropa y por último, las heridas tenían el aspecto de haber sido inferidas con bayoneta.

El caso no podía ser más llano; la identidad de la víctima era clara como la luz del día: el puño de camisa olvidado por el heridor, así como la clase de las heridas revelaban que el asesino había sido el marido; celos, una riña consiguiente á ellos y un homicidio. La cadena de las inducciones parecía continua y sólida; el asesino había dejado en el lugar del crimen su tarjeta de visita, como dicen en Francia. Fácil sería atraparlo, juzgarlo y condenarlo y á ello se consagró la policía.

Pero cádate ahí que Brígido Hernández, con testimonios que parecen fehacientes, prueba que no ha salido del cuartel ni el día del crimen, ni los anteriores y la policía se ve obligada á seguir una nueva pista. Diversas personas han visto á Vicenta el día de los sucesos con un soldado por aquellos rumbos; se averigua que la víctima sostenía relaciones amorosas simultáneas con varios soldados de distintos cuerpos, y uno de ellos, con el cual pasaba Vicenta el día del crimen, ha desaparecido. Tan natural como la anterior es la sospecha de que es éste, y no Brígido Hernández el matador.

No obstante, el asunto puede complicarse y la investigación de la verdad hacerse por todo extremo difícil. Veamos un ejemplo: cuando María Regnault, su doncella y una niña fueron asesinadas en París, la policía encontró en el lugar del crimen dos puños de camisa marcados con las iniciales G. G. y un cinturón de cuero, en el cual estaba escrito con todas sus letras el nombre Gaston Geissler.

Al parecer no podía darse identificación más completa del asesino; en un hotelito miserable se encuentra una maleta abandonada por un huésped que llegó el día del asesinato, salió por la noche y no se le volvió á ver más; la maleta contenía prendas de ropa de confección alemana, marcadas con las iniciales G. G. y un pedazo de salchichón envuelto en un fragmento de manifiesto socialista, impreso en alemán. Los primeros indicios se corroboraban y la policía se lanzó sobre la pista de Gastón Geissler; se le buscó en Francia, en Bélgica, en Holanda, y en Alemania se vino á averiguar, por sus mismos padres, que el hombre de la maleta no era Gastón Geissler sino Georges Guttentag y que se encontraba... dónde se figura el lector? pues en París, y nada menos que en la cárcel, detenido por vago, y en espera de recursos para volver á su patria! La hora de su aprehensión, anterior á la del crimen y el descubrimiento del verdadero asesino, del famoso Pranzini, lo pusieron á salvo de un lamentable error judicial.

Hechos de esta clase son tan frecuentes, que la policía Francesa y Gaboriau su Homero, establecen que de nada se debe desconfiar tanto como de lo plausible y que sólo lo absurdo es aceptable en materia de policía. La nuestra va á necesitar de toda su sagacidad para aclarar el misterio; la tarjeta de visita de Brígido Hernández es demasiado elocuente para dejar sospechar que no es la suya y la fuga del otro soldado es demasiado sugestiva para pensar que acaso no es él el matador. No siempre quien pasea con la víctima es su asesino ni es siempre el que huye el responsable del delito.

Entre nosotros felizmente este exceso de cavilosis no es, en general, necesario; aquí los crímenes, casi siempre pasionales, motivados por el arrebató y la ceguedad de un momento, no se combinan con arte y maquiavelismo, no se preparan y urden de antemano, no se tramam como en el teatro; el delincuente no toma más precaución

que la de huir y esconderse, no siembra indicios falsos para despistar á la justicia, no se prepara cohortadas hábiles, ni arregla sábiamente el escenario para desviar las sospechas. Un bofetón, una mala palabra, una puñalada y al avío; á huir, como Entrambasaguas. Pero precisamente por eso, el día en que nuestros criminales comiencen á maquinan sus delitos, á urdir tramas delicadas y finas han de dar mucho quehacer á la policía.

Felizmente el crimen maquinado es propio de países muy cultos, de pueblos muy refinados y el nuestro no puede gloriarse de haber alcanzado tan alto grado de cultura.

* * *

Una dama de la aristocracia, preocupada y con razón, de resolver el problema de regenerar á la mujer perdida, ha tenido una idea original y cuyo ensayo todo el mundo debe estimular. Hasta aquí se ha tratado de regenerar á la mujer, poniéndola al abrigo de la miseria que la impele al vicio, secuestrándola de las malas compañías, poniendo en juego el principio religioso é imponiéndole disciplinariamente otras costumbres, otros hábitos que los del ocio y la disipación. Los resultados no han correspondido á las esperanzas y en general se registran dentro de ese sistema tantos fracasos cuantos han sido los ensayos.

La noble dama ha pensado de otro modo y acaso más profundamente. Su propósito es crear en la mujer perdida sentimientos nuevos, tiernos, honestos, contrarios á los que abriga su corazón encallecido en la orgía, y el medio á que piensa recurrir es seductor y puede á nuestro juicio ser eficaz.

La virtud, en la forma en que la sugieren los tratados de moral las enseñanzas de los pedagogos y las predicaciones de los apóstoles, tiene poco de seductor, de atractivo, de dominador; es áspera como el cardo, seca como el guijarro, empañada y opaca como la niebla; no seduce sino á los corazones nobles, no inspira sino á los caracteres elevados, no atrae sino á los espíritus ilustrados. Así presentada, con toda su austeridad y todos sus sacrificios, formulada secamente á las almas perversas, antes asusta que atrae, antes inspira hastío que anhelo y para los criterios extraviados es más bien caricaturesca que noble y elevada.

No hay pues, que presentar el anzuelo con ese cebo insípido, hay que revestir la teoría de lo bueno con las galas del arte y de la literatura, hay que envolver la virtud no en su sencilla túnica blanca, sino revestirla de magníficos y deslumbradores atavíos, hay que presentarla, no como una matrona severa y ceñuda, sino como una esplendente semi-diosa y sobre todo, hay que dar vida, acción, argumento, peripecias á la máxima estéril para hacerla fecunda y que disimular la predicación con el pretexto del recreo.

Escojer entre las obras maestras de la literatura aquellas, sanas, moralizadoras, sugestivas en que la castidad encarna en Graziella, la fidelidad en Desdémona, la pureza en Julieta, la abnegación del amor filial en Cordelia; encarnar cada virtud en un personaje digno de interés y de amor; despertar por la acción romanesca ó dramática, el odio al vicio en tipos como el de Yago ó Lady Maebeth; formar, previa selección, una biblioteca en que no figuren, bien que obras maestras, ni la Dama de las Camelias, ni Nana; hacer absorber por la lectura todo ese sentimentalismo y esa idealidad, proceder por pequeñas dosis primero y por transiciones graduales después, puede ser un modo ingenioso y fecundo de sembrar la buena semilla allí donde crecía la mala yerba y de operar la substitución del buen sentimiento al malo.

Ya que á tantas mujeres las pervierten la novela y el drama, no será imposible por el mismo medio regenerar á muchas. La virtud es cuestión de sentimiento antes que de razonamiento y se pueden crear buenos sentimientos por medio del arte como también, por él, degradarlos ó pervertirlos.

Tal es el fondo de la idea que piensa implantarse y cuya evolución seguiremos con interés acompañándola de votos fervientes por que realice la obra de regeneración á que aspira.

* * *

En el mismo orden de ideas consignaremos el sentimiento nobilísimo de la Sociedad mutualista «El Renacimiento» de fundar talleres donde las mujeres desvalidas puedan encontrar medios

honestos de subsistencia. La condición de la mujer no es envidiable, en general, y lo es sensiblemente menos entre nosotros que en países más ricos y poderosos. Jornales mezquinos, exclusión de muchos géneros de actividad, preocupaciones que vinculan desdoro en ciertos géneros de trabajo femenino, todo coopera á hacer más precaria y aflictiva la condición de la mujer. Pero la verdad se impone, y fuerza es convenir en que no es la mujer del pueblo, la de ínfima categoría social la que más sufre por las privaciones y la miseria. Para encontrar el tipo acabado de ese género de desgracia hay que buscarlo en las clases medias.

La viuda del empleado, la huérfana del comerciante en pequeño, la niña mimada, acostumbrada á las comodidades y al ocio y educada en un medio más refinado, es una mártir cuando cae en la pobreza; sus exigencias subsisten cuando sus recursos se han acabado, no puede prescindir del sombrero, del corsé, del calzado fino, del manjar bien cocinado de la casa decentemente amueblada, no puede tampoco *servir* en casa ajena, hacer vida común con las demas criadas; no se resigna ni al mostrador ni al obrador y cuando asoma la miseria, cuando falta el varón sostén de la familia, las privaciones la atenacean, las humillaciones la fustigan y más sensible é ilustrada que la mujer del pueblo, llora y sufre ahí donde la otra sería feliz y viviría contenta.

El problema del trabajo de la mujer se plantea, verdaderamente, para la mujer de la clase media, y no para la del pueblo. Esta última tiene gran demanda en el servicio doméstico, en la cigarretería, en la rebocería, en la fabricación de cajas y útiles de cartón, en multitud de industrias y de pequeños comercios, en tanto que la mujer de la clase media no tiene, en suma, más que la enseñanza, las modas y el mostrador que casi acaparan las extranjeras, menos preocupadas y menos vanidosas.

Es ésta última clase de mujeres á la que hay que suministrar trabajo honrado y nada sería más fácil si olvidáramos ranciedades que se oponen á que la mujer explote las fuentes de trabajo y de lucro que están á su alcance.

Debe para esto comenzarse por predicar muy alto y con insistencia, que el trabajo da honra y no la quita, que explotar una industria honesta es acto que eleva y no que degrada y que hay más virtud, como más sensatez en buscar la vida por el trabajo que en ocultar y disimular la miseria ociosa y *honorable*.

LOPEZ I.

Política General.

RESUMEN.—LA CUESTIÓN PALPITANTE ES EL CONFLICTO HISPANO-AMERICANO.—CRISIS EN ITALIA Y EN FRANCIA.—ESCASO INTERÉS QUE DESPIERTAN.—SU PRONTA SOLUCIÓN.—ALIANZAS IMPOSIBLES.—LA ETERNA RIVALIDAD DE FRANCIA Y ALEMANIA.—AISLAMIENTO DE ESPAÑA.—SOLA CON SU HEROISMO.—ACTIVIDAD EN LA CAMPAÑA.—LAS EXPEDICIONES AMERICANAS.—PRINCIPIO DE LA INVASIÓN.—LA RESISTENCIA DE LOS ESPAÑOLES.—FUTUROS COMBATES.—CONCLUSIÓN.

Ante el gran interés que despierta en el mundo el conflicto hispano-americoano insoluto, nada son, pierden su importancia y son considerados como meros episodios, las angustias socialistas que se levantan fatídicas en Italia, que arman el brazo iracundo del pueblo, que empujan á los miserables y desheredados á buscar en medio de su desesperación suprema, la satisfacción de su hambre y su miseria en los horrores del motín y en los sombríos resplandores de la asonada. Nada son las crisis ministeriales, primero parcial y después total, que sacuden el gabinete Rudini y obligan al rey Humberto á buscar entre las clases directoras á los personajes de más significación, capaces de dominar una situación comprometida.

Casi en silencio pasa una crisis semejante efectuada en el gabinete que por buenos años y con aplauso general de propios y de extraños, había presidido M. Meline al lado del presidente Faure. Constituida la nueva Cámara, en donde se acrecentaron los elementos socialistas y se fortalecieron un tanto las filas de los radicales, el Gobierno netamente republicano, que sorteaba siempre con felicidad las sirtes espantosas del anarquismo que á su paso se abrían, que acallaba

con medidas de buen régimen los clamores socialistas y enfrenaba las impacencias de los radicales en las Cámaras, tuvo que ceder el paso al choque combinado de los elementos de la oposición.

* *

Con qué satisfacción, con cuánta apacible calma zurecaba tranquilamente la República Francesa el mar borrascoso de la política extranjera, sin dificultades, sin zozobras, sintiendo el verdadero apoyo moral de todo el pueblo, después de haber hecho patente á todos los países europeos la alianza franco-rusa! Cómo se consolidó y aún se creía perdurable, entre las olas movedizas de la pública opinión, un gabinete que había logrado, tras una lucha de veinticinco años de república, restablecer el nombre francés á la altura y con el esplendor que tuvo en los buenos tiempos del imperio napoleónico, cuando el último de los Bonaparte se hallaba en el apogeo de su grandeza.

Pero todo es mudable y tornadizo: los pueblos y los gobiernos, los ideales y las instituciones políticas. M. Hanotaux, aclamado frenéticamente por haber intervenido de una manera eficaz en la alianza con el poderoso imperio moscovita; el que logró después del abrazo de Cronstant, las manifestaciones espléndidas de Tolón, y luego ante la absorta Europa la unión efectiva de un magistrado burgués y de un emperador autocrático, descendiente de cien reyes y soberano y pontífice de un gran pueblo, mirase ahora desechado y lejos de un ministerio que con tanto tino supo dirigir.

* *

Hasta el momento en que escribimos estas líneas, la crisis no se ha resuelto. En vano el Presidente ha acudido á los jefes y corifeos de las agrupaciones que predominan en la Cámara; reciente todavía la instalación del nuevo Congreso, aun no se dibuja con claridad la fisonomía que debe asumir, queda siempre una mayoría republicana, fiel á las tradiciones del ministerio que ha caído, pero que, por uno de esos accidentes de la política francesa, negó un voto de confianza al gobierno que lo solicitaba.

De cualquiera manera que se constituya el nuevo gabinete, no creemos que haya un cambio radical en la marcha general de la República, especialmente en cuanto se refiera á sus relaciones con las grandes potencias: seguirá siempre pesando la Francia al lado del Imperio moscovita, en el equilibrio europeo; del otro lado quedará firme la triple Alianza, á pesar de los sacudimientos que últimamente han conmovido el suelo italiano; y cautos y recelosos todos los poderosos de la tierra, se prepararán para una lucha que todos temen y que ninguno desea.

La paz armada, con su cortejo de inúmeros ejércitos y poderosas flotas que gravitan sobre los abrumados hombros de los contribuyentes, seguirá desgraciadamente siendo un hecho, sin



FILIPINAS—CAMINO REAL DE NAGZUBU Á CAVITE

que alcancen á modificarla ni los clamores sofocados de los oprimidos, que á veces estallan en manifestaciones morbosas, ni las angustias que también han de sentir los soberanos, cuando se ven constreñidos por la fuerza de las circunstancias que artificialmente se han creado, á pedir nuevos créditos, á solicitar nuevos sacrificios, á exigir nuevos tributos de los pueblos oprimidos, á fin de completar el pomposo aparato de la paz, más costoso quizá, por su larga duración, que una guerra efectiva.

* *

Pasarán estos incidentes. Pronto las dos crisis, la francesa y la italiana, serán un simple recuerdo. Lo que no encontrará tan pronta y fácil solución será el problema hispano-americano, sujeto todavía á cambios múltiples, á variaciones inesperadas, que parten lo mismo del campo de la guerra, que de las crisis interiores que amenazan á cada paso al gobierno español.

En vano se habla una y otra vez de intervención europea; en vano se repite el nombre de esta ó aquella potencia, dispuesta á tomar parte en la contienda de modo activo en favor de España: lo cierto es que ninguna de ellas, aisladamente, podrá decidirse en este sentido, por temor de verse envuelta en una guerra, en que poco provecho había de sacar, y pudiera ser ocasión de lanzar la chispa al combustible almacenado en

los veinticinco años de paz armada; pudiera ser la causa eficiente de que estallara en inmensa explosión el formidable volcán en que se asienta Europa, con sus ejércitos que hacen temblar la tierra á su paso, y sus inmensas flotas que enturbian, al desplegar sus velas, las aguas mismas del Océano.

* *

Con visibles temores y recelos no ocultos, hace poco daba una agencia cablegráfica la estu-penda noticia fundada en datos semi-oficiales, de haberse concluido una especie de alianza entre España, la República Francesa y el Imperio Alemán. Concediase la realización posible del sueño que han acariciado por largos años los hijos de la Galia: la devolución de la Alsacia y la Lorena. Y á qué precio? Mediante el apoyo que hubiera de prestar Francia á las pretensiones de Alemania hácia las islas Filipinas, las que, para no caer en poder de los Estados Unidos, serían cedidas por España como un feudo temporal para purificarlas, primero, de la gangrena revolucionaria, y evitar que el invasor americano se apoderase de la rica y populosa colonia.

Si el corresponsal que se atrevió á dar esta noticia se hubiera propuesto reunir las extravagancias más insensatas, no habría logrado, como en esta ocasión, dar á la estampa una nota tan falta de sentido. Ceder Alemania lo que obtuvo por derecho de conquista, quemar en un momento sus lauros de Sedán, olvidar sus triunfos de Gravelottes, dejar en la sombra su transfiguración en Versalles, y hacer por amor á España lo que no han logrado los trabajos diarios, las amenazas continuas de veinticinco años; cegar de una pluma el abismo que separa á las dos naciones rivales; hacer desaparecer por arte de encantamiento las sombras que vagan en las riberas del Rhin, clamando por las fronteras naturales que en otro tiempo han dividido los dos países; hablar de reconciliaciones, de odios irreconciliables y de ligas entre pueblos que se aborrecen cordialmente, que se acechan en la sombra, se buscan en las tinieblas para herirse en mitad del corazón... son quimeras que á nadie pudieran ocurrirse.

* *

Las declaraciones posteriores del Embajador alemán en Washington y del Ministro de Relaciones en el Gobierno de Berlín ante el Embajador americano, las continuadas muestras que ha dado el gobierno alemán de permanecer neutral en el actual conflicto, no dejan ningún lugar á la duda, y puede afirmarse, sin que los acontecimientos ulteriores rectifiquen la afirmación, que esa pretendida alianza hispano-franco-alemana es imposible según las bases que se le dan.

Hoy por hoy, la monarquía española, que siente en el interior las agitaciones que produce una crisis agrícola, en medio de las angustias de

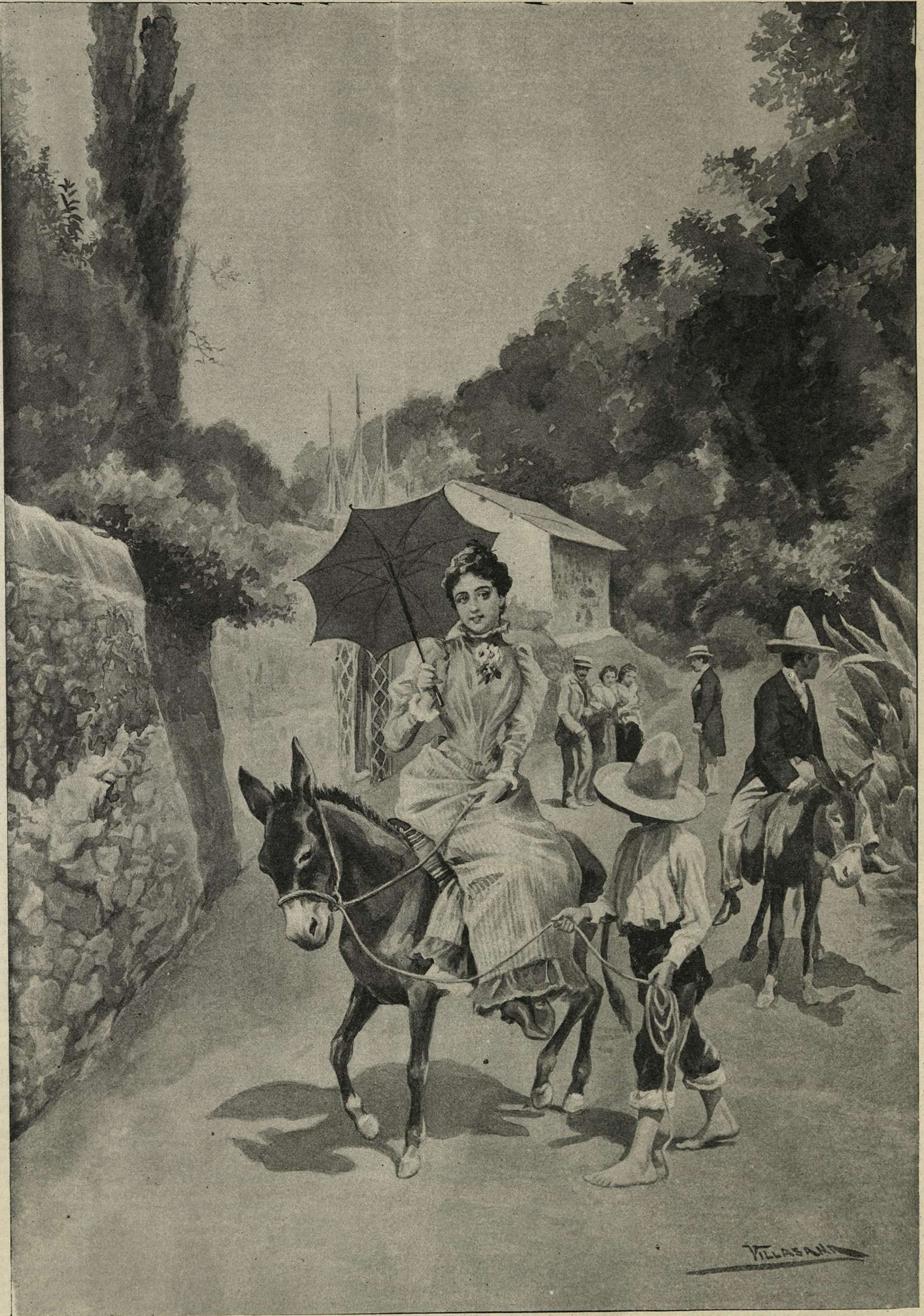


FILIPINAS—CALLE DEL ARSENAL EN CAVITE



De verano en la ciudad

POR VILLASANA



De verano en el campo.

FOR VILLASANA

la guerra, tiene que contar con su esfuerzo propio y nada más. Un tiempo fué en que, cuando la crisis no había estallado en conflicto armado entre ella y la Unión americana, volvióse con insistencia hacia los gabinetes extranjeros, buscando un apoyo moral para resistir en la contienda. Si alguna vez lo esperó de alguna parte, los acontecimientos que se han desarrollado deben haber sido un cruel desengaño. Solo el soberano de Austria-Hungría, ligado por los vínculos de sangre con la Reina Regente, es quien ha manifestado sus simpatías formales en favor de la causa española; los otros gobiernos han permanecido indiferentes en nombre de la neutralidad, sin hacer caso de las manifestaciones que por la prensa hacían los simpatizadores de España y enemigos de la preponderancia americana.

* *

Entre tanto, la campaña parece entrar en un verdadero período de actividad. La primera expedición americana al suelo antillano acaba de desembarcar al mando del general Shafter, amparada por los cañones de Sampson y de Schley, que desde los numerosos buques que rodean la entrada á Santiago de Cuba, han bombardeado las fortificaciones y protegido eficazmente el desembarco. Las huestes insurrectas que al mando de Rabí y Calixto García merodeaban en las provincias orientales de Cuba, se mueven y se

rante Cámara que ya marcha rumbo á las Islas Filipinas por el camino de Suez, y en las costas antillanas, acuden los generales Blanco y Macías y se preparan á oponer tenaz y decidida resistencia á las fuerzas de desembarco.

Pronto sabremos de nuevos combates librados en tierra de Cuba, en esa tierra empapada de sangre, calcinada del incendio, herida de desolación, después de la tremenda lucha de tres años.

¡Hasta cuándo alumbrará el sol de la paz y la justicia en la tierra!

X. X. X.

24 de Junio de 1898.

En Tierra Yankee

NOTAS A TODO VAPOR ARTE

Escenario.—Un ascensor de nogal con reja dorada, espejo, sofá, alfombras, lámpara; vá á subir. *Personas.*—Un cubano mexicano yankee; tres primos (nosotros); el conductor, personaje mudo.

—*El Cub-mexi-yankee.*—¿Pero vdes. no han ido al museo metr. pulitano?.....

Efectivamente no habíamos ido.—El conductor cierra la puerta, toca un botón eléctrico....

do al día siguiente á las ocho de la mañana nos encontramos en una ala del *Central Park* al pie de un obelisco de sienita, amarillento de siglos y cacarizo de rojizos hieroglifos, se llama *la aguja de Cleopatra*. hicimos una libación mental en honor de esta señora que á pesar de ser fea, fué la mujer de más gancho que ha coqueteado en la historia, y, armados de sendos catálogos, penetramos en el *Museo*.

¿Vimos el salón de escultura moderna? No sé. Me fijé en el S Juan de Rodin que había sido la última recomendación de Jesús Contreras cuando partí de México! No recuerdo; una vaga mancha blanca producida por un mármol enérgico y doloroso, es todo cuanto guardo en mi memoria.

Un olor de tumba muerta (¡ay de mí, que frase absurda acabo de estampar!) un olor de tumba muerta me atraía; entramos en el departamento de arqueología oriental: momias, ataúdes de momias con la imagen del muerto en sendas tapas pintarrajeadas, ¡qué ojos los de esas imágenes! blanca como la eternidad la esclerótica, negra como el abismo la pupila! Y sarcófagos, reliquias, talismanes, idolillos, vasos, vasijas de barro, de opaco vidrio verde, esmaltes de todos los colores, perfumeros de todos los estitos, todo eso estaba allí, todo robado al sepulcro. Hace cuatro ó cinco mil años que las tumbas egipcias están siendo saqueadas por los bandidos de la barbarie y los de la civilización, y no se agotan. Aquel adorable pueblo reía y bailaba pensando sin cesar en la muerte y eternizándola en todas las formas de la materia y del arte; digo mal, lo que pretendía eternizar era la vida. Todo su afán de momificar los cadáveres, de rodearlos de los utensilios y de las representaciones de esta vida; tenían por objeto perpetuarlos en ultratumba por medio de fórmulas mágicas; ¡oh! no morir, seguir viviendo, prolongar indefinidamente la existencia, eso era lo que el egipcio quería y por ello suspiraba.



EL CORONEL CORTIJO Y LOS DEMAS ESPAÑOLES HECHOS PRISIONEROS Á BORDO DEL «PANAMA»

agitan, se concentran en torno del pabellón de las estrellas, cooperan al desembarco, acuden al reclamo, y servirán eficazmente como tropas auxiliares, en el cerco con que se amenaza á la ciudad y al puerto de Santiago.

Pronto también recibirán noticias del arribo á Filipinas de la primera expedición que fué en auxilio del almirante Dewey. Teniendo el jefe americano fuerzas de desembarco á su disposición y habiendo logrado encender la insurrección al mando de Aguinaldo de una manera formidable, crítica será la situación que guarde en Manila el general Augusti. Así lo ha comprendido el mis-Capitán General del Archipiélago, si hemos de creer los que se dicen partes oficiales que publican las agencias cablegráficas.

* *

En su incesante actividad de apresurar la campaña, el gobierno de Washington prepara nuevas expediciones; pronto partirán auxilios efectivos, para el general Shafter en las costas de Santiago, para Dewey en las remotas Filipinas, en tanto que se organiza un cuerpo invasor competente para atacar de modo eficaz la Isla de Puerto Rico, hasta ahora apartada de la conflagración, después del reconocimiento hecho á mediados del pasado mes por la escuadra del almirante Sampson.

En tanto España llamando al patriotismo de todos sus hijos, allega nuevos recursos, acude con medios que considera eficaces á salvar la crisis económica; organiza la escuadra del almi-

Nosotros á una.—No. (El ascensor parte).

El C. M. Y.—Pues pasado mañana se cierra

Nosotros.—¡Iremos mañana. (Llegamos á nuestro tercer piso), iremos saltamos del ascensor con profunda emoción.—Estábamos á punto de no visitar el Metropolitan. ¡Horror! Gracias, amigo, gracias, sin usted.....

El C. M. Y.—Hay riquísimas colecciones de arte aquí, en Boston, en Filadelfia, en Chicago mismo. Los yankees han encarecido prodigiosamente el artefacto artístico [perdonen vdes] pagándolo con el equivalente en oro de sus insolentes vanidades de advenedizos. Para estos hombres lo mejor es lo más caro y cubren de millaradas de dollars una tela, para ponerla fuera del alcance del millonario de enfrente. Pues bien, este mismo *fascistol* que, por darse tono, aglomera en sus galerías los mejores cuadros de las escuelas modernísimas y algunos excelentes de las escuelas de antaño y que, gracias á que los modelos supremos del arte están ya recogidos y puestos fuera del comercio, no los ha traído á los Estados Unidos remolcados por sus billetes de banco; este mismo palurdo sumergido ayer en el gran océano de la humanidad que suda y trabaja con sus manos y que, todavía negro con el carbón de su mina ó hediendo á petróleo ó chorreando grasa de puerco, se iergue de improviso en plena civilización y en pleno lujo y en plena dominación; y se encasqueta su corona de rico, dorada á fuego en los resplandores divinos del arte; éste, no tiene inconveniente, por una furibunda pero admirable vanidad, en regalar su galería á un Museo en su ciudad natal. Y por estos regalos el *Metropolitano* de Nueva York es el mejor montón de obras de arte que hay en América. Allí tienen vdes. colecciones que han costado centenares de miles de dollars donadas por Miss Hellen Gould, por Catarina Lorillard etc, con espléndida y noble longanimidad. Cuadros hay entre los regalados al Museo, que han costado bastante más que sesenta mil pesos, como el *Friedland* de Meissonier.

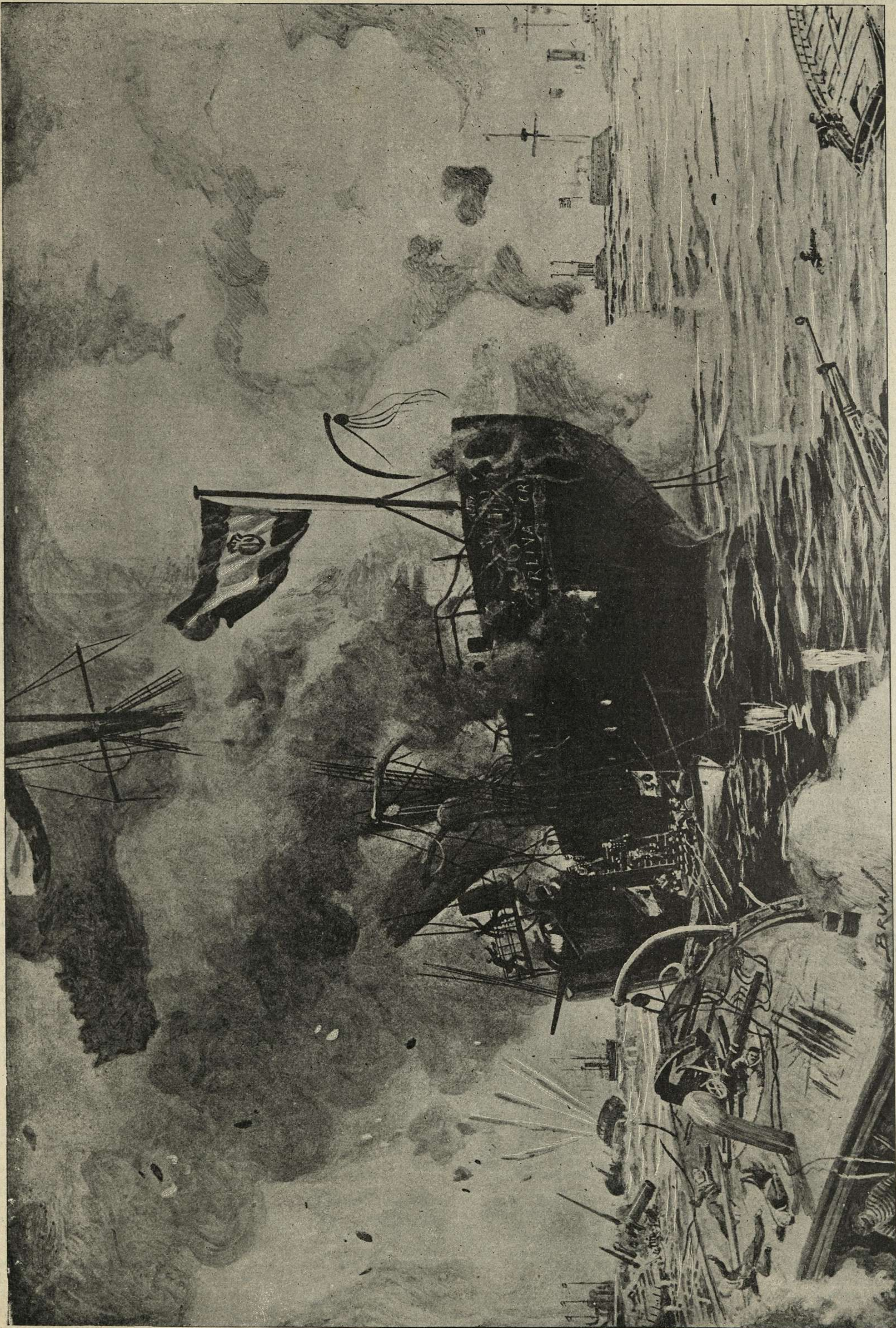
Supóngase cuánta sería nuestra nerviosidad cuan-

desde el *amenti* una bella señora cuyo epitafio ha sido reproducido en cuanto libro se ocupa en la historia religiosa del Valle del Nilo.

Magnífica, única es la colección de cacharros, idolillos y objetos fenicios recogidos por Cesnola en Cypre y donados al *Metropolitan*; pasamos En casi ninguno de ellos hay arte, hay industria; han sido reproducidos por la estamp., todos; en un volumen de la monumental *Historia del Arte* de Perrot y Chipiez, pueden encontrarse. Allí se observa la transmisión entre el arte oriental y el helénico, constante en documentos de barro y de metal.

En un salón, especie de patio muy bien iluminado que almacena luz para las galerías altas, nos detuvimos, á pesar de lo medido que teníamos el tiempo, para poder salir á las cinco de la tarde. Ni podía menos; ahí hay puras reproducciones; la de las cariátides divinas del Erecteión de Atenas, hecha sobre moldes directos de yeso, del tamaño original por ende; la de algunos templos antiguos y medioeveales; descuella, entre todas, la del Partenón (restaurado) hecha por Chipiez; ahí se comprende la dulce y tranquila emoción que aquel prodigio dórico de sencillez y de armonía debía causar en cuantos lo veían. Nada más puro, nada mejor; nada podía producir en el ánimo ese contentamiento exquisito de uno mismo que causa la posesión de la belleza, como la contemplación de aquel templo de mármol, cromado y ceñido de oro, que parecía etéreo por la atmósfera de zafiro fluido que lo rodeaba y lo impregnaba, en la ciudad santa; las estrofas del himno de Renan en el Acrópolis, hechas de una prosa tan cantante como los versos de Leconte de Lisle, me venían á la memoria y á los labios.....

Las figurinas en terracotta de Tanagra, allí estaban también, primorosamente copiadas..... Después de verlas, todo parece falto de gracia y de verdadero arte..... Mucho oriental, mucho griego y mucho romano había que ver, habrá que volver *¡chi lo sé!* a la altura del piso superior y haciéndose frente, dos enormes lienzos: el *Justiniano*, inmóvil, hierático, de ojos



«Baltimore»

«Raleigh»

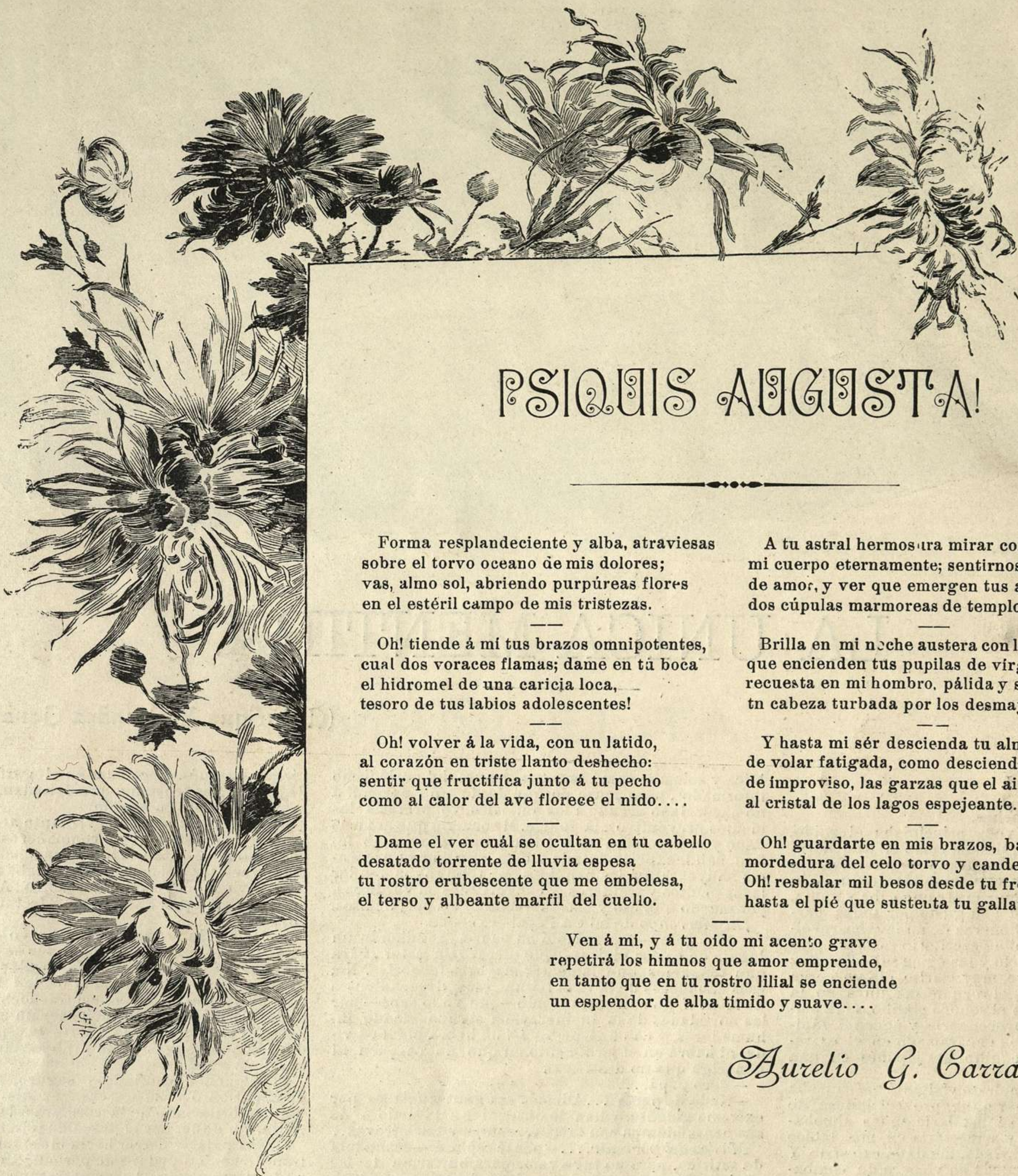
«Boston»

«REINA CRISTINA» Y LLEVA SU PABELLÓN AL «ISLA DE CUBA»

«Reina Cristina»

«Don Juan de Austria»

«Antonio de Ulloa»
«Marqués del Duero»



PSIQUIS AUGUSTA!

Forma resplandeciente y alba, atraviesas
sobre el torvo oceano de mis dolores;
vas, almo sol, abriendo purpúreas flores
en el estéril campo de mis tristezas.

Oh! tiende á mi tus brazos omnipotentes,
cual dos voraces flamas; dame en tú boca
el hidromel de una caricia loca,
tesoro de tus labios adolescentes!

Oh! volver á la vida, con un latido,
al corazón en triste llanto deshecho:
sentir que fructifica junto á tu pecho
como al calor del ave florece el nido. . . .

Dame el ver cuál se ocultan en tu cabello
desatado torrente de lluvia espesa
tu rostro erubescete que me embelesa,
el terso y albeante marfil del cuello.

Ven á mi, y á tu oído mi acento grave
repetirá los himnos que amor emprende,
en tanto que en tu rostro lilial se enciende
un esplendor de alba tímido y suave. . . .

A tu astral hermosura mirar contigo
mi cuerpo eternamente; sentirnos plenos
de amor, y ver que emergen tus albos senos
dos cúpulas marmoreas de templo antiguo.

Brilla en mi noche austera con los dos rayos,
que encienden tus pupilas de virgen mora;
recuesta en mi hombro, pálida y soñadora,
tu cabeza turbada por los desmayos.

Y hasta mi sér descienda tu alma errante,
de volar fatigada, como descienden
de improviso, las garzas que el aire hienden,
al cristal de los lagos espejeante.

Oh! guardarte en mis brazos, bajo la impia
mordedura del celo torvo y candente!
Oh! resbalar mil besos desde tu frente
hasta el pié que sustenta tu gallardía! . . .

Aurelio G. Carrasco.

AL SER SUPREMO

Cuando al mundo dejaste señalada
Esa esfera de acción en que gravita
Y ardieron en la bóveda infinita
Las estrellas y el sol con tu mirada,
Yo pude ser arista inanimada
De verde espiga que la lluvia agita,
O rocío cuando más que se limita
A servirle de lecho á la cascada
Pero tú lo ordenaste de otra suerte,
Misión más alta por favor me diste,
Que en rey, siendo vasallo me convierte.
A todo, á todo superior me hiciste,
Cuando para adorarte y conocerte
El inmortal espíritu me diste.

ARGOS.

¿DONDE ESTA LA DICHA?

Yo, por tí subyugado, guardé en mi impio
corazón, una llama de fe sincera,
y oré porque en tu alma vibrante y fiera
un amor abrigaras igual al mio.
Cariño por desprecio! Tu cruel desvío
de mujer imposible, me hirió doquiera,
y en el fuego de amores que me envolviera
sentía el alma á veces morir de frío.
Hoy que los azahares ornán tu frente,
hoy que vas á ser mía perpetuamente
y el pasado á tus ojos es torpe y necio,
trocara mi futura dicha posible
por ver en tí, como antes, un imposible,
y sentir el azote de tu desprecio.

AURELIO G. CARRASCO.



SU PIE

I

De la naturaleza entre los dones
Que recibiste con largueza tanta
Uno es tu pie divino, de Atalanta
Envidia, y de Calipso y Diones
En curvas elegantes inflexiones
Desde el tarso descendiendo, y la garganta
De coral de Parténope á la planta
Que termina de rosas en botones.
Y es por lo breve y albo el pie de un niño
O de un Hada gentil. . . . Mas no su armiño
Hollar debiera nuestro inmundo cieno
Sino los verdes campos de la Italia,
Entre cintas de jónica sandalia
O aprisionado en el coturno heleno.

II

Cuando como por mágico portento
Sosteniendo tu olímpica estatura
Tu pié avanza. . . . adorable miniatura
En rítmico, gracioso movimiento,
Tal me imagino que el terrestre asiento
Palpita sustentando tu hermosura,
Flores brotar parece la llanura
Cual fecundada por eliseo viento.
Y en derredor de tu beldad enhiesta
Más viva lumbré siéntese difusa
Y notas vagan de invisible orquesta. . . .
Como al salir de entre sus selvas Diana,
O del Himeto una inspirada Musa,
O de los mares Venus soberana!

NUMA POMPILIO LLONA.



LA UNICA MENTIRA.

(A Enrique Hernandez González)

I.

Aquello era todas las noches.

Apenas apagábamos la vela, principiaba el ruido, un ruidito leve, cauteloso, tímido, como el que haría un enano de Swift, que, á obscuras y de puntillas, temeroso de graves peligros, explorase el terreno. A lo que imagino, primero reconocía el campo, iba y venía, subía y bajaba, se paseaba á su gusto por todas partes, retozaba entre las jaboneras de mi lavabo, revolvía los papeles de mi humilde escritorio escolar, profanando las odas de Horacio y las églogas de Virgilio; se trepaba al buró, y, claro, muy clarito, oía yo cerca de mí los pasos del audáz, el roce de sus uñas en la fosforera, en el libro y en el sonoro platillo de la palmatoria. Una vez quise sorprenderle, y encendí rápidamente una cerilla: estaba encaramado en el extremo de la bugía, como un equilibrista japonés en una pértiga de bambú.

Chiquitín como era, el molesto visitante me causaba miedo atroz. Solo de pensar que, aprovechándose de mi sueño, iría á mi cama, se instalaría en las almohadas, saltaría á mi cabeza y arrastraría en mis labios aquella colita instable y helada, me daba calofrío. Y hétenos en vela, como escucha en víspera de combate, contenido el aliento, atento el oído, y abiertos los ojos para ver á mi osado enemigo. La imaginación me lo pintaba,—tanto así le temía yo— colosal, horrible, hambriento, feroz como una tigre hostigada que ha perdido los cachorros. En esta inquietud, nervioso, sobresaltado, asustadizo, pasaba yo dos ó tres horas, mientras en el otro lecho dormía mi padre el sueño dulce y tranquilo que nunca falta á las personas de buena conciencia.

A la mañana olvidaba yo mis temores y recelos de la víspera, sin pensar durante el día en el ratoncillo aquel que hacía de nuestra alcoba el teatro de sus correrías.

Un día, al volver del colegio, encontré á mi padre disgustado y mohino, revolviendo papeles de música y sacudiendo pliegos carcomidos. Había descubierto que los ratones penetraban en el *sancta sanctorum* de sus amores artísticos, y cometían allí muy graves delitos, crímenes de lesa majestad. La requisitoria fué terrible. Habían roído obras de raro mérito, de subidísimo valor: una ópera de Mozart, *La Flauta Encantada*; tres sonatas de Beethoven, y la *Pastoral*, y la *Sinfonía Herbica* y qué sé yo qué más. El proceso había sido breve, y como no iban á fallar populares jueces, fué la sentencia draconiana:—pena de muerte, garrote vil.

No tuvieron defensor los acusados. Nadie se atrevió á abogar por ellos. Me permití aconsejar un medio infalible para ahuyentar á los bandoleros y evitar crímenes mayores.

—¡Un gato!—dije—Uno de esos caballeros que gastan por la noche luminosas gafas, prestará oportunos servicios en esta ocasión. Los malhechores tomarán el portante, y emigrarán á tierras más propicias, al comedor, á la cocina, á la despensa. Allí no se atracarán de sinfonías clásicas, ni se ahitarán de solfas inmortales; pero podrán encontrar algo más substancial y nutritivo. Confieso humildemente que al tratar de castigar á mis enemigos,—que lo eran y muy temibles para mí los tales ratoncillos,—me halagaba la idea de un escarmiento ruidoso, de una ejecución pú-

blica y solemne como esas tan graves del periodismo informado, pero acaso porque desde niño aprendí á no hacer daño alguno á los animales, yo prefería los medios preventivos: la policía. Me ocurrió que era más llano y conveniente traer á la casa un gendarme felino, hábil, experimentado y listo, que con su presencia ahuyentara á los bandidos. Me repugnaba tender lazos ocultos y traidores, y convertirnos en verdugos, por mucho que eso y más mereciesen los perjuiciosos.

—*¡El Morrongo de mi tía Pepal!*—exclamé.

—¿Un gato?—prorrumpió mi padre, sacudiendo un legajo de valsos viejos—¿Qué dices? ¿Un gato? ¿Para que tengamos que lamentar mayores fechorías? No; esos caballeros de la raza felina, esos descendientes de Micifuf, no han entrado aún—que yo lo sepa—por las novedades de la incineración; siguen siendo inhumadores, y con huéspedes así no habrá planta á vida, ni habrá en el jardín sitio en que no rasquen ni almáciga que no destruyan.

—Pero papá....

—Nada de peros.... Además esa gentezuela es por extremo galante, y han de obsequiar a la señora de sus pensamientos con tales serenatas y tales trovas..

Música del porvenir....—pensé replicar—echándola de satírico, pero no tuve valor para burlarme de las aficiones de mi padre, vagneriano incipiente, novel, y como tal un tanto apasionado.

—¿Un gato, dices? ¡Quia! ¡Una ratonera! Vete á comprarla.

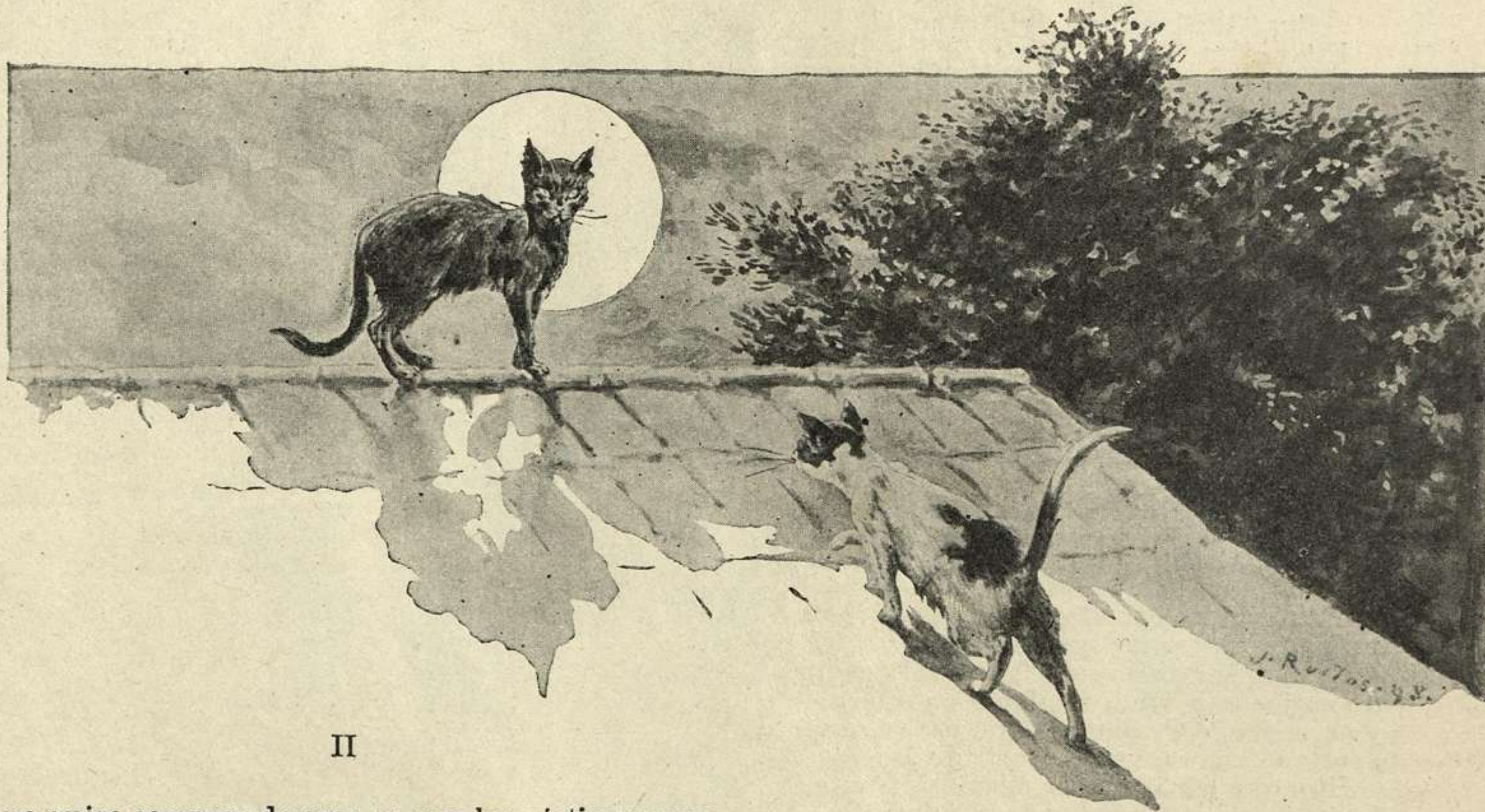
niente, después de colocar en el garfio un pedacito de jamón. Nos acostamos precipitadamente, apagamos la vela, y quedé en asecho.

De fijo que el nocturno visitante andaba corriendo la tuna con sus amigos y compañeros, porque esa noche vino muy tarde, dada la una, pasito á pasito, como si recelara del peligro. Caminaba un poco y se detenía, avanzaba volvía á detenerse. Algo extraño encontraba en aquel aposento perfectamente conocido para él.

—¿De dónde vendrá?—pensaba yo—¿De algún convite? ¿De algún monipodio donde se conspira contra los engafados caballeros? ¿De rondar el recóndito alcázar donde mora cautiva la beldad que le tiene herido de amores? Este doncel trasnochador, tan aficionado á la música sabia, debe ser un calavera de lo fino! ¡Ah picarol! Buena suerte te espera! ¡Quiera tu destino que vengas ahito y no cedas á las tentaciones de la gula!

El ratoncillo, confiado y seguro, saltó á una silla, de allí al buró y dióse á ensayar sus ejercicios acrobáticos, brincando de la cerillera á la palmatoria, por burla, sin duda, por el deseo de reírse de nosotros.

Le oía bajar y correr hacia el estante. En el camino tropezó con un pedazo de periódico, con un fragmento de cierto diario. Allí se entretuvo largo rato. ¿Estaría leyendo? No; los roedores no han de gustar de esa literatura. Fuese luego hasta la ratonera, atraído tal vez por el jamón, y.... ¡zás! ¡preso!



II

Yo no quise comprar de esas en que las víctimas mueren aplastadas ó sucumben cogidas entre agudos dientes. Elegí una que parecía un juguete, una jaulita cilíndrica, de alambre níquelado, montada horizontalmente en un eje, y que giraba al menor movimiento de quien por su mala ventura caía en ella. Así nos ahorráramos suplicio, sangre y muerte espantosa. En la noche pusimos la ratonera en el lugar conve-

—¿Qué ruido! La jaulita giraba vertiginosamente....

rin...rin...rin..... Encendí la bugía, y corrí al sitio del suceso. El pobre animalito pugnaba por salir y pretendía forzar los hierros de su cárcel

Despertó mi padre:

—¿Cayó?

—No escapará.....Y.....ahora?
—Mátale!
—Cómo!
—¿Le tienes miedo?
—No:—conteste avergonzado—pero me dá lástima!
—Confiesa que le tienes miedo, que te causa repugnancia..... Sumerge la jaula en una cuba, y ahógale!

III

—Héme convertido en un verdugo, en otro Carrier.....—me dije—¡Y... no le mato!

El trasnochador se revolvió en la jaula como un loco. Pretendía huir y no conseguía más que acelerar la rotación de su cárcel.

—¡Ah bribón! ¿Volverás á quitarme el sueño?
¡Y qué bonito era! Gris. de color de pizarra nueva, bien dispuesto, ligero, elegante, lustrosa la piel, negros los ojitos como dos cuentas de azabache. Me miraba atentamente: parecía lloroso acongojado, suplicante, como implorando clemencia y pidiendo perdón.

Traje la cuba y la llené de agua. Iba yo á sumergir la ratonera.... y el valor me faltó. El prisionero no merecía tan duro castigo. Acaso no era autor de las fechorías, tal vez era inocente. ¿Qué sabe un pobre ratoncillo de esas cosas de *Don Juan y de Fidelio*? Además, mi víctima tendría padres, hermanos, hijos.... ¡Tal vez el hambre le habría arrastrado al crimen!

Dejé la ratonera y volví á la alcoba.
—Le mataste?—preguntó mi padre.
—La verdad.... no! me dió lástima.
—Le tuviste medio..... y le abriste la jaula..... ¿no fué así?



—No, señor:—contesté—dejé la ratonera en el patio. Mañana....

—No; al instante vas y le ahogas!—repuso el anciano con el tono imperioso de quien siempre ha sido obedecido.

¡Pobre ánimo cobarde! Si yo le hubiera dicho á mi

padre que me faltaba valor para obedecerle; que aquello me parecía inicuo, atróz se habría reído de mi sensiblería.

Me resolví á cumplir lo mandado. Pero al fin no lo hice. Salí á la calle, y puse en libertad al prisionero.

—Vete, vete y no vuelvas; no vuelvas nunca á esta casa, donde si hay deliciosos platillos clásicos, hay también ratoneras y cubas. No vuelvas, que morirías ahogado. Huye y no vengas á quitarnos el sueño, ni á ser causa de penas como esta que ahora me oprime el corazón.

Huyó el ratoncillo, y yo respiré aliviado, tranquilo, dichoso y feliz.

V

¿Qué sentirá el juez cuando toma la pluma para firmar una sentencia de muerte? ¿Qué pasará en el alma del magistrado que por muy altos y poderosos motivos no puede conceder la vida á un reo condenado á la última pena? ¡Sépalos Dios!

Esa noche me vi obligado á decir á mi padre una mentira,—la primera y la última—la única que oyó de mis labios en toda su vida. Esa noche viví muchos años en unos cuantos minutos. ¡Tonterías de muchacho!.....

Y desde entonces no puedo oír música de Mozart ó de Beethoven, sin acordarme del prisionero á quien di libertad.

Un día estaba mi novia tocando *La Pastoral*, y mientras ella ejecutaba la maravillosa sinfonía, yo creía mirar, acurrucado en un rincón del teclado, al ratoncillo aquel, que me miraba con sus brillantes ojos negros, alegre y festivo, como si me quisiera decir: *¡Gracias! Muchas gracias!*

RAFAEL DELGADO.

MANUELITA.

Los jardines de Mustafá tienen en la primavera un aspecto de paraíso. Protegidos contra el viento del Norte por leves muros, los naranjos producen el encantador tesoro de sus frutos y de sus flores; los geranios alcanzan dimensiones de arbustos con tal esplendor de pintura, que irradiando como mariposas que vuelan, se destacan de sus corolas y vienen á herir la pupila.

Y al rededor de los claveles y de las rosas y de los jeranios, árboles de esencias desconocidas, hijos de los trópicos aclimatados en esta comarca tibia del Mediterráneo, cunden, surgen, embalsaman, y muestran recortes de cielo con los árabesos fantásticos de sus ramas! Se diría que ya en pleno aire y plena luz, se vengan de la infantil docilidad con que en un tiempo dejaban al jardinero guiar sus brotes y sus retoños.

Ese cuadrado de flores bajo ese cuadrado de cielo y entre cuatro edificios de un solo piso, es el jardín del director del Establecimiento Penal.

—Por qué, Señor Director, se han puesto persianas cerradas á todas las ventanas que dan al jardín y se han cegado todas las que dan al mar?

—Aunque esta casa se llama "El Lazareto" no es un hospital sino un presidio en el que las mujeres sentenciadas expian sus faltas, y no es por la ventana por donde deben irse sus miradas, sino que deben fijarlas en su interior y ver sus remordimientos. A pesar de este rigor, créame usted, no faltan enamorados que cubiertos con el calañés español ó el turbante musulmán, vengan al pié de estas murallas, por el camino de la orilla del mar, á entonar canciones que ellas reconocen y que les testifican la persistencia del recuerdo. ¿Quiéreme usted ver en el trabajo á mis pobres pupilas? No es la raza la que las divide en categorías de detenidos sino la duración de su condena. Cuando entra uno al taller y se levantan, son tan semejantes con sus trajes de estameña oscura, con sus gorros blancos y sus pañuelos de pecho negros, que viéndolas de espaldas se juraría que son huérfanas congregadas en algún plantel benéfico. Pero en cuanto vuelven la cara, se ve bajo la blancura de la cofia caras diversas como las razas y como los crímenes.

—¿Qué delito, Señor Director, cometió aquella negra cuyos veinte años se transparentan al través del pañuelo de lana y cuya gracia ceñil sale victoriosa del uniforme de la prisión, como la madre selva brota de entre esas piedras?

—Es del Senegal y fué traída en uno de los últimos vapores para cumplir en el Lazareto su condena de trabajos forzados.....

—Porque manejó con éxito el puñal?
—Porque robó á sus vecinas una chiquilla y trataba de venderla á un mercader de esclavos, negocio que está severamente prohibido.

—¿Y aquella otra, señor Director?
—Esa es una vieja árabe de Casbah..... Una de las cabezas más duras de la casa y que agotados con ella todos los medios de dulzura, conoce más el calabozo que el pan. Es una rebelde. Ha matado y robado y su cuenta está completa.

Contemplé á esta reincidente indomable que así,

vestida de estameña, adornada con su cofia blanca, parecía escapada de su tribu y causaba lástima como un árbol desarraigado. Su palidez de otros tiempos que le servía de signo aristocrático cuando velada bajo el *Kaik* amarillo y con las pupilas dilatadas por el *Koehul* andaba custodiada por una matrona, había tomado en el Lazareto el matiz de los marfiles viejos.

El Director le puso la mano en un hombro y le dijo:

—¿Por fin vas á enmendarte, Zora?
Se oyó entonces un sollozo bajo aquella cofia blanca y luego palabras indistintas en dialecto *sabir*.

—¿Qué dice esta mujer, señora Vigilante?
—Se doblega. Oigala usted gemir.

—Y la mujer seguía sollozando
—¿Y ésta, señor Director?

—Ah! Esta es Manuelita, Manuelita lo española. ¿No conoce usted su aventura? Hace cuatro años la publicaron todos los periódicos, pero usted tal vez ya la olvidó. Pues bien, mirela usted con atención y cuando hayamos salido del taller le contaré á usted su historia.

En su fina cabeza parecía amoldarse la cofia que desde los tiempos de Manon cubre á las penitentes del amor, y arrojaba la paz monacal de su sombra sobre los recuerdos que quemaban como el sol. Tenía inclinados los párpados y sus cejas muy puras evocaban en la memoria á las Vírgenes de Murillo. Bajo los cuadros del pañuelo, sus senos rebeldes se levantaban como cálices de oro llenos más de una vez con el néctar de la maternidad.

Cuando nos acercamos, levantó los ojos y fijó en nosotros una mirada profunda. Bajo sus párpados, las pupilas brillaban como las llamas de dos cirios en la obscuridad de un oratorio.

Frisaba en los treinta años y en la plenitud de su medio día, Manuelita cautivaba desde luego por una dulzura decente que irradiaba de sus ropas, que formaba como aureola en torno de la cofia, que caminaba con ella y trazaba á su alrededor un círculo de pureza. Con dedos ágiles, Manuelita fabricaba como sus compañeras cajitas para cerillas.

El director se aproximó y mostrándole las mangas de lustrina que se había quitado de los brazos poniéndolas en la mesa, le dijo:

—¿Por qué se quita usted las mangas durante el trabajo? Usted es una obrera sumisa y la señora Vigilante no tiene queja alguna en contra. Sujétese usted pues á la regla.

Confusa como una novicia que ha pecado por distracción y ha sido sorprendida por la abadesa, Manuelita se ruborizó y con docilidad se puso las mangas de lustrina.

—¿Y bien? me preguntó el director cuando estuvimos fuera del taller.

—Como debe usted imaginárselo, estoy esperando la historia prometida.

El Director sonrió.

—Manuelita, dijo, estaba casada con un español de su provincia, Murcia, y tenía cuatro hijos de su matrimonio, el mayor de los cuales tiene ahora doce años. El hogar no era feliz y ella tomó por amante á

un Maltés que no estaba conforme con tener su amor á medias y avisó á Manuelita que la abandonaría si continuaba perteneciendo á otro. Entonces ella le dijo: «Sea; yo no seré más que tuya.» La misma noche esperó á que se durmiera su marido y cuando el sueño era ya profundo, tanteó en la obscuridad y con una hacha le despedazó la cabeza; y como el amante estaba á la puerta esperando, lo llamó y lo hizo entrar. Entre los dos pusieron al muerto entre la paja y el colchón y juntos aguardaron la llegada del día. Cuando los chicos se fueron á la escuela, el Maltés regresó y ayudó á Manuelita á cortar en fragmentos el cuerpo de su marido, contando conque podrían deshacerse fácilmente de estos despojos. Consiguieron en efecto, arrojar algunos al albañal y los demás al mar, pero fueron confundidos por el testimonio del hijo mayor que había visto entrar á su padre en la noche y nadie lo vió volver á salir.

En los momentos en que iba yo á manifestar mis sentimientos de horror por el crimen, se abrió la puerta del taller y Manuelita en persona salió llevando en la mano una cubeta vacía.

No: ni aún ahora que sabía yo ya la historia espantosa pude ver su huella en aquella carita serena y cautivadora. Se desprendía de toda ella esa seducción de fuente límpida que tienen las honradas madres de familia.

Seguramente el director comprendió mi pensamiento porque exclamó:

—No se equivoca usted. La Señora Vigilante puede decirle que esta mujer es aquí la dulzura misma y el ejemplo para sus compañeras. Desde que entró al Lazareto no ha dado motivo ni para un reproche, y sus hijos continúan amándola! La han perdonado todos; hasta el mayor, y vienen á verla en los días que lo permite el reglamento.

Como ya hubiera llenado su cubeta en el grifo cercano, regresaba al taller con lentitud; el Director la llamó:

—Manuelita!
Ella se acercó y sus magníficos ojos oscuros nos vieron con dócil tranquilidad.

—Manuelita: ¿En qué fecha quedará usted libre si cumple toda su condena?

Ella respondió con voz como lejana:
En 1914.... en el mes de Octubre.... fui sentenciada á veinte años....!

Y desprendió su mirada que había tenido fija en el Director al contestarle y la clavó en mí como para interrogarme, para adivinar si habría alguna esperanza de que por mi intervención ó por alguna otra pudiera aproximarse aquella salida tan distante. Luego, bajando sus párpados de sedá orlados de larguísimas pestañas, murmuró melancólica pero resignada, como un eco de su pensamiento continuo:

—Veinte años..... es mucho tiempo.... mucho tiempo.... mucho tiempo....!

Y con paso lento penetró en el taller y volvió afanosa al trabajo.

HUGUES LE ROUX.

Mañana tropical

A mi distinguido amigo y paisano, el Sr. Lic. Manuel José Othón

Ondulan en el llano los maizales,
Se mecen suavemente los trigales;
Suspira el viento en las tupidas frondas,
Y en el lago sucédense las ondas
Quebrando entre los juncos sus cristales.

Pulsa su lira el ruiseñor, y canta;
El sol por el Oriente se levanta
Y prende al bosque con sus flechas de oro;
El himno de los bosques se agiganta
Y con eco triunfal vibra sonoro.

El firmamento tiñese de gualda,
Y de la sierra la soberbia falda
De corpulentos árboles vestida,
Semeja hervor de plata decretida
En un crisol enorme de esmeralda.

La mariposa sin cesar se mueve,
La abeja, néctar en las flores bebe,
Grazna el cuervo, de pié sobre la roca,
Ya la torcaz la compañera evoca
Con monótono canto que conmueve.

Trina el turpial en la hondonada; grita
El pájaro perdido en la espesura;
El gavilán recorre la llanura,
Y acurrucado el tecolote, imita
Un ídolo de barro en grieta oscura.

Surca la garza silenciosa el lago;
En el cristal pulido se recrea
Y su plumón de nieve balancea;
Mientras del viento al cariñoso halago,
El juncal en la orilla cabecea.

En los remansos mojan los sabinos
Sus viejos troncos; bordan los caminos
Los naranjos en flor y limoneros,
Y arriba de la sierra, por los pinos,
Trabajan con afán los carpinteros.

En los esteros brillan los pescados;
Sin ruido, paso á paso los venados
Se acercan á la orilla; las culebras
En el légameo bullen, y en los prados
La araña tiende sus plateadas hebras.

Ruge el tigre; se para; se endereza;
Orgullosa sacude la cabeza
Y tranquilo penetra en el bosque,
Ondulando con gracia de princesa
La piel rayada de su pinto traje.

Las cotorras en grupo merodean
Por milpa y sembradío, revolotean
A gran altura; de volar cansadas,
Bajan como langostas, en bandadas,
Y los bambús con furia picotean.

Pueblan los chupa-mirtos la montaña;
En las verdes alfombras de espadaña
El lustroso ganado se recrea;
La débil choza del pastor humea,
Y sale el labrador de su cabaña.

Suena la voz alegre del rancharo;
El arado sujeta el besanero;
Aperan los arrieros el atajo,
Y en la fragua las chispas del acero
Anuncian el concierto del trabajo.

Mientras la sierra por el sol herida
Extiende al llano su soberbia falda
De corpulentos árboles vestida,
Como el hervor de plata derretida
En un crisol enorme de esmeralda.

HERIBERTO AGUIRRE Y FIERRO.

LA MADRE ODILIA

Una tarde, á mediados de Octubre, regresábamos, el guarda campestre Martelot y yo, por el bosque de Charbonnière. Martelot, alto, seco y derecho como un varejón, bigotes y barba roja, la nariz al aire, con el kepi sobre la oreja, fumaba taciturnamente su pipa, siguiendo un senderillo abierto en plena espesura. Yo le pisaba los talones, prestando oído á los confusos rumores que alegraban el bosque, en aquella estación en que los habitantes de las aldeas vecinas acababan de recoger las castañas de las hayas. Ora resonaban prolongados gritos de labios femeninos, ya un estrépito de ramas golpeadas, luego la lluvia de los frutos que descendían menudamente como el granizo sobre los blancos hienzos extendidos al pié de los árboles. Aquel ruido ligero, alado, incesante, armonizaba placidamente con la caída de la tarde, con la bruma de otoño que velaba con un humo azulado la fuga lejana de las nubes medio desvanecidas.

En el momento en que llegamos á la encrucijada de la "Belle-Etoile", tropezamos con dos hermanas de la caridad, quienes también debían haber tomado parte en la recolección de castañas y que volvían llevando sendos zurroneos llenos de estos oscuros fabucos triangulares de los que se extrae un aceite excelente. Con gran sorpresa mía, Martelot, que es poco comunicativo, se detuvo á saludar á las dos religiosas y cambiar con ellas algunas palabras.

Cuando se me volvió á unir, los dos gorros blancos y negros se esfumaban ya en la brumosa oscuridad de la avenida.

DAMAS MEXICANAS



Sra. Dolores Diaz, viuda de Velasco

[DE GUADALAJARA]

Fot. Lupercio.

Matelot encendió de nuevo su pipa apagada, y luego me dijo, en las pausas de cada chupada:

—Yo no soy un traga-misas, pero profeso una seria estimación hacia estas buenas hermanas y no dejo nunca de saludarlas, recordando á una de sus compañeras que me ofreció el más hermoso ejemplo de sacrificio y fuerza de voluntad.

Una extraña ventura!.... Cuando pienso en ella, siento que se me pone carne de gallina.

El hecho ocurrió no lejos de aquí, en la guerra con los prusianos. Yo vivía entonces en Fontaine-Française, en la casa de mis padres y formaba parte de los reclutas de Cote-d'Or. El 21 de Enero de 1871, Mantuffel, que preparaba su reunión con Weder, había lanzando sobre Dijon las tropas del general Kessler. Durante el combate, que se libró á un kilómetro del resguardo, me vi envuelto en una malla y hecho prisionero con unos cincuenta reclutas de Yvonne.

Nos encaminaron, primeramente, á Mesigny, en donde se hallaba acampado uno de los regimientos de Kessler, y allí pasamos la noche tiritando. En una pradera removida por los caballos los que habían conservado algo en el fondo de su escudilla, trituraban una torta de pan para matar el tiempo: los demás se apretaban el estómago. Al amanecer llegó la orden de que nos dirigiéramos á Chatillón, bajo la escolta de una treintena de soldados y dos subtenientes.

Aquellos westfalios de barba rubia, con los fusiles cargados, las bayonetas en los cañones, marchaban en apretada hilera á ambos lados del lodoso camino, en medio del cual nos debatíamos nosotros en los charcos, corridos, empapados en lamentable estado, semejantes á un rebuño que se conduce al matadero.

A veces el camino se encajonaba entre los linderos de un bosque en donde los encinos conservaban aún sus hojas secas. Entonces las dos hileras de la escolta nos estrechaban desde más cerca; aquellos hombres, temerosos de alguna emboscada de guerrilla, arrojaban á derecha é izquierda miradas de inquieta ferocidad y nos daban orden de apretar el paso, en medio de horribles juramentos alemanes. Un viento de Noroeste impelía por encima de nosotros enormes masas de nubes grises, y de tiempo en tiempo, algunos copos de nieve nos azotaban las mejillas. De en medio de los campos desnudos, parvadas de cuervos se elevaban con un breve graznido, giraban lentamente en el aire, y luego iban á posarse cien metros más lejos. Los lúgubres vuelos de aquellas aves, aquel cielo empado de nieve contribuían á acrecentar nuestra ansiosa angustia. Las aldeas que atravesábamos parecían desiertas; apenas, si detrás de unas cortinillas timidamente levantadas, entreveíamos aquí y allá un semblante pegado á los vidrios, que desaparecía á la vista de los uniformes alemanes.

Después de tres horas de marcha, hicimos alto en Recey y nos acomodaron en la plaza del lugar, en frente de la alcaldía y de la escuela. Algunos campesinos, mujeres sobre todo, se agrupaban detrás del cordón de los centinelas, enviándonos silenciosamente miradas impregnadas de compasión; los más osados trataban de dirigirnos la palabra; pero los west-

falios los rechazaban con rudeza. Estaba prohibida toda comunicación con la gente del país, y por más que estuviesen muertos de hambre, se impedía á los habitantes que nos ofrecieran un vaso de vino ó un pedazo de pan.

Se había hecho, sin embargo, una excepción en favor de las religiosas. Estas podían únicamente facilitar á los prisioneros de guerra los socorros enviados por algunas almas buenas. Las hermanas del convento de Recey no dejaron de aprovecharse de este permiso, y tan pronto como fueron advertidas de nuestro tránsito, se trasladaron á la plaza, encorvadas bajo el peso de grandes cestas llenas de provisiones.

Eran dos y llevaban el traje de hermanas en la Doctrina Cristiana: un gran gorro puntiagudo, blanco, sobre una toca negra; ancha estola almendonada, cubriendo en cuadro el pecho; vestido negro con mangas y sayas muy amplias. La más joven, que parecía la superiora y á quien su compañera llamaba respetuosamente "hermana Odilia," tenía la tez blanca como su gorro, facciones finas, ojos oscuros, velados por largas pestañas y modestamente bajos. Su cara enérgica y dulce, inteligente, con no sé qué de castamente ingenuo que le daba la impresión de una delicada flor silvestre.

Una vez, en medio de nosotros, las dos religiosas hicieron rápidamente su distribución, ahorrando sus palabras; pero de modo alguno su buena voluntad. Muy pronto nuestra miserable comitiva tuvo con qué apaciguar su hambre: pan tierno y carne fría, y las escudillas se tendían en redondo hacia las botellas de vino clarete que destapaba la religiosa de mayor edad. Con excepción de los centinelas apostados para custodiarlos, el resto de la gente se había diseminado en la plaza y la vigilancia se descuidaba. Los subtenientes habían entrado en la posada, algunos soldados bromeaban ante el escaparate del relojero, devorando con la vista los relojes expuestos, otros, se atropellaban en derredor de una barrica de aguardiente, propinándose copiosos tragos de *schnapps*. Por nuestra parte, hacíamos jugar con toda fuerza las mandíbulas. Uno solo parecía carecer de apetito: un pequeño delgado y pálido, que flotaba dentro de su capote gris. Ni aún había tocado el pan y parecía extenuado de cansancio; las facciones fatigadas, los ojos febriles y como extraviados; miraba alternativamente á las bayonetas brillantes y á la hermana Odilia que vaciaba sus cestos de provisiones.

De pronto, y cuando los centinelas se encontraban vueltos de espaldas, invenciblemente hipnotizados por el barril de aguardiente, vi á aquel muchacho, rápido como un lagarto, arrastrarse hacia la hermana, levantar las amplias sayas de ésta y desaparecer dentro de ellas. Todo esto no duró el tiempo de decir un "¡ah!" y nadie lo advirtió, salvo algunos camaradas á quien el asombro dejó inmóviles y con la boca abierta.

Yo mismo estaba aturdido. Pensaba, con un violento latido de corazón: "Desgraciado!.... La hermana va á gritar y los prusianos lo fusilarán.... No aman buriar á la disciplina y la decencia, y no han de perdonar á este tuno que haya tratado de escapárseles, buscando como escondrijo las enaguas de una religiosa."

Esperaba, pues una explosión repentina, é involuntariamente cerré los ojos; pero, al no oír nada, volví á abrirlos y los dirigí á la madre Odilia. No se había movido; únicamente un ligero rubor encendía sus mejillas pálidas. Sus ojos bajos no dejaban transparentar lo que pasaba en su alma. Pero la inmovilidad de su rostro contrastaba con la nerviosa precipitación con que registraba el fondo de su cesta vacía y el lienzo que cubría su pecho se agitaba con un temblor interior.

Con una mezcla de estupor y de admiración, contemplé á la pobre joven. Me decía que por delgado que fuese aquel muchacho y por amplias que fuesen las sayas de la religiosa, no había mucho lugar dentro de este vestido de pliegues rectos; y que para mantenerse en este escondrijo, el recluta debía roear con sus brazos las piernas de la hermana Odilia. Me imaginaba la cruel turbación que este estrecho contacto masculino debía provocar en el alma de esta virgen, los terribles y místicos sobresaltos de la mujer y de la religiosa, todo el tiempo que durase esta violación de lo que en ella había de pudor más íntimo. Una mujer de mundo habría exhalado grandes gritos ó hubiese creído deber suyo encontrarse mal.

La hermana permaneció impassible, diciéndose, indudablemente, que se trataba de salvar una vida, é imponiéndose un heroico silencio á los terrores de su sexo, á los escrúpulos de su fe religiosa. Me parece verla todavía, en medio de la plaza lodosa—pálida, con los párpados velados, perfilando su casta silueta obscura sobre el fondo verde de la tienda del relojero. A fe mía! mis camaradas y yo estábamos confusos de admiración y de respeto ante esta maravillosa fuerza de alma.

"Worswaerts (Adelante!) gritó el *feldwebel* que salía de la posada. Hubo rumor de armas, la fila volvió á formar y nos pusimos apresuradamente en marcha, porque estábamos retrasados. Al extremo de la calle, me volví en dirección de la plaza. La hermana Odilia no se había movido, abrigando aún bajo sus enaguas al fugitivo que se debía la libertad y la vida. Cuando el último prusiano hubo desaparecido, al volver de la calle, condujo, ruborosa, á su protegido á la casa de un campesino que le prestó un traje de paisano, y pudo trasladarse á Dijon á través de los bosques....

Desde aquel día, mire usted, agregó Martelot, tengo en veneración á estos valientes gorros blancos.

ANDRÉS THEURIET.

LIRIO SILVESTRE

POR ANDRE THEURIET—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Versión española de "El Mundo Ilustrado"

Número 9.

Tranquilízate: en tanto que yo viva, mi casa será tuya y partiremos el mismo pan. No temas nada... y ahora, vamos á volver á trabajar los dos.

Mientras la jorobada estaba pronunciando estas frases, una transformación brusca se operaba en la persona de Clarisa: cierta emoción que no había sentido nunca, sacudía ese cuerpo femenino que antes sólo la voluptuosidad pudo conmover; sus facciones perdían la acostumbrada expresión de sensualidad animal y lágrimas de arrepentimiento inundaban sus ojos. Enlazó los brazos al cuello de Germana y la estrechó contra su pecho.

—Tú eres una santa! gritó. Cuando pienso lo mala que he sido contigo que eres tan buena, me muero de vergüenza... Ahora sí veo claro, qué criatura tan miserable he sido y detesto mi vida

bían sufrido bastante con las últimas heladas. Cada vez que sus excursiones la llevaban á este sitio, no podía arrojar de su pensamiento el recuerdo de Marcial, á quien allí había empezado á amar y allí le había dicho adios al partir para el servicio militar. Un suspiro se escapó de su pecho, se arrodilló sobre las grañas de la puerta y empezó á orar y como siempre la plegaria le salió espontánea del corazón. Pidió con fervor á Santa Clara intercediera por la salvación de Marcial que vivía en pecado y luego quedó sumida en una profunda meditación.

Clarisa, asombrada de ver á su amiga tanto tiempo de rodillas, sentía inquieta admiración.

—¿Cuánto rezaste, Germana!

—No rezaba, oía. Cada vez que paso por aquí, me entristece la vista de estas ruinas y pienso con dolor en que ya Santa Clara no es honrada

misa... Más tarde las gentes del país acudirán en peregrinación y Santa Clara será otra vez la protectora de los campos y de los bosques de Auberive.

Clarisa la escuchaba, asombrándose de su exaltación; examinaba el pórtico lleno de agujeros, la bóveda cuarteada y las paredes vacilantes y movía la cabeza con aire de duda.

—Es un hermoso sueño, murmuró ella, pero para pagar á los albañiles y los carpinteros y todos los demás gastos, se necesitará mucho dinero... ¿Tendrás lo suficiente?

—Creo que no.

—Entonces, mi pobre Germana, ¿en dónde lo tomarás?

—Mujer de poca fé! respondió la jorobada mirando al cielo. Dios proveerá. Cuando San Francisco fundó su orden de Los Angeles, el antiguo



anterior... Sí, tú eres una santa! Gracia: á tí comprendo al fin ese amor que te hace perfecta y que supera á todos los demás. Con este amor es con el que mi corazón quiere amarte... Tómame, consérvame, seré tu perro, tu esclava... Me doy á tí en cuerpo y alma!

—Y yo te tomo, dijo Germana besándola, te guardo y así como te das á mí, yo te daré á Dios.

III.

Germana y Clarisa acababan de recoger setas bajo las hayas del bosque de Allofroy y se detuvieron junto á las ruinas de la capilla de Santa Clara. Era cerca del medio día; la luz de Mayo caía blanca y directa sobre la yerba nueva, los arbustos en flor y las piedras lustrosas donde las lagartijas se embriagan al sol. El silencio sólo era interrumpido por las tortolitas que lanzaban sus dos notas melancólicas de tiempo en tiempo.

Clarisa se sentó en una piedra poniendo á su lado el cesto de las setas y Germana se puso á examinar la capilla cuyos derruidos muros ha-

entre nosotros, puesto que hemos dejado crecer las malezas en su oratorio abandonado.

—¿Quién era Santa Clara?

—Era una hija de familia noble, un ángel de inocencia y de piedad. A los dieciocho años resolvió retirarse del mundo, y pidió al santo de Asís que la consagrara á Dios. Dió sus ricos vestidos á los pobres y vestida con una túnica de burda estameña, fundó la orden de las Señoras Pobres. Una vez San Francisco convidó á Santa Clara á comer con él en el monasterio de Nuestra Señora de los Angeles, y al partir el pan juntos, la Iglesia y el Convento, bañados de una luz divina, parecían como incendiados. Por la noche regresó la virgen á su Convento y no volvió á salir hasta su muerte, después de la cual la canonizaron dándole el glorioso título de Princesa de los pobres. Ahora, te voy á decir lo que acabo de soñar. Quisiera reparar esta capilla, renovar sus muros y reconstruir la bóveda, porque es fuerza que Santa Clara tenga un Santuario digno de ella, como en los tiempos pasados. Haré consagrar el altar, lo cubriré de flores, y el día de la Santa, que caé el 12 de Agosto, haré decir la primera

convento era un montón de ruinas y fué de puerta en puerta pidiendo limosna para reconstruirlo. Nosotros imitaremos á San Francisco y llamaremos en nuestra ayuda á las gentes de buena voluntad. Para empezar, mañana pasaré á casa de Sausseret, el maestro albañil, y le pediré consejo.

En el invierno anterior, Benigno Sausseret había tenido reumatismo y como era viudo, se encontró reducido á los cuidados intermitentes y poco hábiles de una comadre de la vecindad. Muy ordenado y cuidadoso de sus bienes sufría y desesperaba, tanto más cuanto que su mal le tenía condenado á no moverse mientras su casa yacía en el abandono. Sabiendo Germana su desdicha vino á auxiliarlo, y tenía todo tan limpio y tan bien cuidado y le curó con tanto empeño, que á las pocas semanas estaba restablecido y no cesaba de cantar las alabanzas de su enfermera.

Un domingo Germana se presentó á Sausseret, después de misa le rogó que la acompañara al bosque de Allofroy y le refirió sus proyectos por el camino. El albañil la escuchaba en silencio, limitándose á manifestar por medio de monosílabos su sorpresa. Muy práctico, muy entendido



en su oficio pero muy tacaño, no aflojaba voluntariamente los cordones de la bolsa.

Cuando llegaron junto á la capilla dijo Germana al maestro:

—Hemos legado y aún no me ha dicho usted lo que piensa de mi proyecto:

Sausseret apartó con su bastón las malezas que cubrían el dintel, examinó los muros, los midió, dió una vuelta al rededor de la capilla y luego vino junto á Germana que lo esperaba ansiosa!

—El muro de la fachada y el campanario están bien conservados; es una buena construcción la suya; y los muros laterales no están muy destruidos, pero la rotonda de atrás no es más que una ruina y será necesario reconstruirla lo mismo que una parte de la bóveda. El altar, no hay más que quitarle las malezas y retocararlo.

—Cuánto costará todo eso?

—En cuanto á la mano de obra los principios no serán caros pues hay sólo que arrancar las yerbas; si me dejas hacerlo en mis ratos perdidos no te costará nada. También te reconstruiré gratis lo que se necesite; pero lo que no es de mi oficio costará unos mil doscientos francos, los tienes?

—Estoy todavía lejos de eso.

—Entonces no hay que hablar. Sin capilla se la han pasado muchos años los de Auberive y se la seguirán pasando sin capilla.

—Yo encontraré dinero, pero necesito un plazo para pagar.

—Te doy un año, pero nada más.

Permaneció un instante pensativo y luego añadió:

—Si tuviéramos gratis la madera, serían cuatrocientos francos de menos.

Mientras hablaba así, un leñador salió del bosque y Germana reconoció al padre Arbillot, que no había vuelto á ver desde el entierro del muertecito; también él la reconoció porque acercándose le dijo:

—Buenos días, señorita Vincart. Habría debido ir á dar á usted gracias por sus bondades, pero el oficio no me deja. Sin embargo, no soy desagradecido; y si algún día me necesita usted... Sausseret se mezcló á la conversación.

—Pues amigo, llega usted á tiempo. La señorita Vincart quiere reconstruir esto, pero no es rica. Conoce usted á alguien que pueda proporcionarnos la madera á precio bajo?

—Ese seré yo. Tendrá usted señorita la madera que necesite y de primera calidad y como soy también carpintero ayudaré en la obra. Y no me pagará usted nada... ó nos disgustaríamos,

—Pero, dijo Germana escrupulosa, usted es tan pobre como yo, y cómo se proporcionaría la madera?

—Eso es cuenta mía. El señor Sausseret no hará más que decirme cuando la necesite y estará lista.

—Convenido, se apresuró á decir el carpintero. Yo avisaré. Sin dar tiempo á Germana de manifestarle su gratitud, Arbillot desapareció por el bosque con dirección á Montaubert.

Se ocupaba el albañil de rectificar sus medidas cuando se dió un manazo en la frente exclamando:

—Canastos! en una cosa no habíamos pensado... Hemos empezado á disponer de la capilla y de los escombros como si fueran nuestros, cuando todo esto tiene un dueño y nada podemos hacer sin su permiso.

—Y quién es? preguntó Germana palideciendo, pues no había pensado en esa dificultad.

—La señora Petitot, de Allofroy.

—El cielo sigue protegiéndonos; fué amiga de mi madre y no me negará esto. Voy á la quinta, y mañana le llevaré á usted la resolución.

Se separaron en seguida, y

Germana tomó con resolución el camino de Allofroy.

La arrendadora regresaba de la misa mayor y se ocupaba en servir á sus gentes en la cocina la olla de los domingos con el lomo de carnero y la ensalada obligatoria. Al ver á la señorita Vincart la señora Petitot lanzó una exclamación de alegría y enternecimiento, y después de múltiples abrazos añadió un cubierto é hizo sentarse á Germana muy oportunamente porque en la preocupación que le causaba su obra estaba en ayunas y mareada de debilidad. Cuando terminaron todos de comer, la arrendadora llevó á la joven aparte para informarse del objeto de su visita; aunque no había visto á Germana después de sus viajes, conocía por la voz pública sus aventuras y su abnegación, y aunque condenaba esa locura, no por eso dejaba de apiadarse y compadecerla. Grande fué, pues, su sorpresa cuando la jorobada le expuso su solicitud y le anunció el proyecto de reconstruir la capilla.

—Vamos! exclamó: dicen bien al afirmar que los niños no dudan de nada. Seguramente que esta idea prueba tu buen corazón, pero es un fardo muy pesado para fuerzas como las tuyas. Por cuanto á nuestro campo de Santa Clara que no tiene más que piedras y malezas, aunque no es un gran regalo te lo abandono de buena voluntad.

Se hizo venir al padre Petitot que no se hizo del rogar, y Germana quedó autorizada para servirse de los escombros y empezar cuando quisiera los trabajos.

Cuando la señora Petitot la acompañó hasta dejarla en el camino, le dijo:

—Y si necesitan algunos ornamentos para el altar, cuenta conmigo, chiquilla. Todavía tengo algunas piezas de cinco francos que ofrecer á Santa Clara y al buen Dios.

La jorobada regresó alegremente á su casa y en el acto se apresuró á pasar una revista del estado de sus fondos y vió que aún le quedaban unos cien escudos.

—Mañana, dijo á Clarisa, llevaré esto á Sausseret para que empiecen los trabajos y desde luego comenzaremos á pedir, porque ya hay labor que hacer, pobre amiga mía, para ganar nuestro pan y cubrir los gastos de la capilla.

IV

—Cómo? Eres tú, hija mía! En semejante compañía y con trazas de ir pidiendo de puerta en puerta? ¿Es posible que Dios me haya dado vida para ver á la hija de los Vincart obligada á mendigar el pan?

Con estas bruscas palabras fué como recibió la madre Aubriot á Germana, en la mitad de la única calle que hay en la Margelle, porque acababa de sorprender á poca distancia de su casa á la jorobada y á Clarisa en los momentos en que una de las más sucias comadres del país repulsaba á las dos muchachas con una lluvia de injurias y groserías. La Buena después de haber lanzado á Clarisa una mirada de desprecio, abrazó efusivamente á su antigua ama acogiéndola y llevándola á casa de su sobrina sin cuidarse de la otra infeliz que se sentó en la calle á esperar á su compañera.

Durante este tiempo, la Buena sacaba pan, queso y vino y decía á Germana:

—Refréscate! Estarás ahogándome de sed con este sol de Julio... Pero es verdad lo que me han dicho? Has derrochado tu patrimonio y ahora vives de la caridad pública en compañía de esa perdida?

—De pronto sepa usted, Buena, que no pido mi pan porque aún puedo trabajar y ganarlo; pido para una buena obra á que me he dedicado y Clarisa, á quien ha dejado usted afuera de un modo tan poco cristiano, se ha asociado valientemente á mi empresa. Si ha cometido faltas, las ha lavado ya con sus lágrimas y expiado con su arrepentimiento. Dios la puso en mi camino cuando era muy desgraciada y la tomé y la he consagrado á Dios. No hace usted bien en condenarla: no lo merece.

La Buena, aunque no era muy flexible se sintió conmovida con el reproche de Germana.

—Supongamos, dijo, que estoy equivocada, pero eso de encontrarte en esa compañía y ser testigo de las afrentas que reciben ustedes por las calles, no es para ponerle á uno buen corazón. Explícame al menos qué obra es esa.

Germana la puso al corriente de su proyecto y la Buena no cabía en sí de admiración.

¡Qué atrocidad! Tú estás loca. Nunca llevarás ese asunto á su fin. Después que te desengañes, habrás recibido más insultos que monedas de cobre.

—Sí, dijo la jorobada con dolor, más de una vez hemos sido como ahora denostadas y arrojadas á la calle, pero nunca ha sido fácil practicar el bien y ya nos esperábamos estas mortificaciones, que ofrecemos á Dios y nos da fuerzas para seguir sirviéndole...

Por otra parte, también hay almas buenas que se interesan por nuestra obra y se muestran generosas. Y usted misma, Buena, no rehusará contribuir á la reparación del santuario.

—No, no, no. Yo no soy devota y aún pienso que hay más iglesias de las necesarias. No cuentes conmigo, hija mía.

—Si cuento, dijo Germana sonriendo. El primer movimiento de usted es siempre rudo, el segundo es bueno como su corazón. Vamos, no se defienda usted, pues estoy segura de que no me escatimará el dinero para mi capilla.

Al mismo tiempo abrazó á la Buena y la besó tiernamente en las mejillas, pero ella hundió las manos en sus bolsillos jurando y perjurando que no soltaría una peseta.

—Vamos, Buena, por el amor de Santa Clara.

—Nada... nada.

—Entonces por el amor mío, dijo la joven redoblando sus caricias.

—Eres una engatusadora. Toma esto, para que hagamos las paces, y le dió veinte centavos.

—Gracias, Buena. Y ahora, adios. Todavía tengo que andar mucho.

—Adios pues... y vas á llamar á las puertas y á recibir malas razones?

—Ahora y mañana y todos los días bajo la lluvia y bajo el sol, en invierno ó en estío hasta que reuna todo el dinero para la obra.

Los ojos de la madre Aubriot se humedecieron.

—Pero, tú, tan delicadita... te vas á matar!

—Si así lo dispone Dios, Buena, le guardaré á usted un lugarcito en el cielo.

Y se fué á reunir con Clarisa y continuaron pidiendo de puerta en puerta.

Y así lo venían haciendo desde aquel lunes de Mayo en que Germana llevó á Sausserot el dine-

ro que le quedaba y dispuso que se comenzaran los trabajos. Se necesitaba la angélica dulzura de Germana y la dócil resignación de Clarisa para sostener su valor, pues generalmente se les recibía de un modo injurioso y duro. A veces, en las casas de solteros, éstos, intrigados por los cabellos blondos, los ojos insinuantes y el cuerpo gallardo de Clarisa, la dirigían frases de mal género y aún se lanzaban á abrazarla y á hacerle indicaciones que ponían en precipitada fuga á las jóvenes. Comumente, después de tantas fatigas, al regresar á su casa quedaban desoladas por lo mezquino de la colecta.

Felizmente Germana estaba sostenida por una vivísima fe, y después de la derrota de un día emprendían al siguiente nueva batalla. Habiendo agotado las aldeas de las cercanías llevaron más lejos sus expediciones y llegaron á Recey, Grancey le Chateau y Arc-en-Barrois. El éxito fué más favorable y las animó de manera que ya no tenían cortedad al dirigirse á las habitaciones lujosas.

Un día divisaron un castillo en el fondo de un parque.

—Entremos, dijo Germana.

Y palpitándoles el corazón atravesaron la reja, la larga avenida de tilos y siguieron hasta una terraza llena de flores. En un aposento inmediato vieron asombradas á damas y caballeros elegantes que estaban tomando café y quese fijaron en las intrusas.

—Qué quieren ustedes, hijas mías? dijo con voz dulce una de las damas que parecía la castellana.

Germana de pronto intimidada había recobrado su aplomo y contestó:

—Señora, venimos de Auberive y pedimos para reconstruir una capilla que está en ruinas y que en otro tiempo se dedicó á Santa Clara: y hemos importunado á ustedes creyendo que les movería á piedad el nombre glorioso de la Santa.

La castellana pidió más amplias explicaciones, sobre todo, del punto histórico, y Germana con la elocuencia ingénuu de su convicción, contó de forma encantadora toda la vida de la discípula de San Francisco.

Las damas escuchaban divertidas y los hombres contemplaban con gusto la gallardía y frescura de Clarisa.

—Sí, hija mía, dijo la castellana.—Vamos á agregar algunas piedras á tu capilla.

Y tomando un plato dió la vuelta al salón y empezó á coleccionar donativos previniendo que debían ser precisamente en oro. Dió lo reunido á la jorobada, ordenó á un criado que llevaran á las dos jóvenes y les dieran que comer y siguió con sus amigos la interrumpida conversación.

Cuando volvieron á Montgerand ya había obscurecido, y no bien encendieron la lámpara se pusieron á contar el dinero que traían.

—Mas de doscientos francos! dijo Germana. Arrodillémonos hija mía y demos gracias á Dios.

A fines del invierno hubo de completarse la suma convenida con Sausseret para los trabajos todos de reconstrucción y ornamentación, y los carpinteros y los pintores dieron el último golpe al embellecimiento interior. Blanca y como nueva, la capilla se destacaba sobre el fondo verde del bosque con sus formas esbeltas, su airosa cúpula y su campanario terminando por una giralda. Pero el campanario estaba vacío; carecía de la esquila necesaria para repicar á vuelo en las fiestas de la inauguración. Germana estaba desolada. Ya no podía pedirse más porque estaba ya agotada la prodigalidad de la comarca, y las últimas excursiones hechas durante los malos tiempos del invierno, tenían enfermiza á la jorobada y el doctor Brocart le había prohibido salir.

Viéndola en ese estado, Clarisa le dijo bruscamente una tarde:

—No te desconsueles; puesto que no puedes salir á pedir, saldré yo; y no te alarmes si no vengo á dormir, pues como ya no hay quien nos auxilie en las cercanías, tendré que extender más el viaje. Y así sucedió, pues no hubo de regresar sino cinco días más tarde, pero con el dinero suficiente para la adquisición de una magnífica campana.

Ay! sólo allá arriba en el cielo podría saberse si se había cometido algún pecado para reunir este dinero, pero de todos modos, lo noble de la intención acabaría por borrar cualquier culpa. Lo importante sobre todo era dejar á la Vincart en el candor de sus ilusiones y así quedó sin duda sin tener una sospecha contra su amiga, ni pensar que toda la madera de la capilla fué robada de los bosques por el padre Arbillot.



V.

Acababa el Cura Pechenart de decir su primera misa, cuando Germana llamó á la puerta de la sacristía y preguntó si se le podía recibir. Las diferencias sobrevenidas á propósito de Clarisa, habían enfriado entre ambos las amistades, pues aunque había seguido siempre bajo su dirección espiritual, casi no lo había visto la jorobada más que en el altar y el confesionario.

Al verla llegar, el Cura terminó presurosamente su desayuno y dijo con un tono ceremoniosamente glacial.

—Ah! es usted señorita Vincart? sírvase entrar en mi biblioteca.

Luego señaló un asiento á la joven y añadió:

—Siéntese usted. A qué circunstancia debo su visita?

—Tengo que pedir á usted un favor, señor Cura.

—Un favor. . . !

—Sí. . . ya sabe usted seguramente que por medio de limosnas que he recojido, hice restaurar la capilla de Santa Clara. . .

—En efecto, he oído hablar de eso.

En la manera con que el sacerdote dijo esto, se transparentaba una desdeñosa indiferencia más estudiada que real, pues el Cura sabía á qué atenerse sobre la Capilla, pero le contrariaba el espíritu de independencia orgullosa de la joven y creyó necesario humillarla. Esta obra debida á la simple iniciativa de una niña le parecía un atentado contra su autoridad y una invasión de sus atribuciones.

—Sí, continuó: se me ha dicho que coleccionó usted limosnas sin proveerse del permiso de su pastor, y eso es irregular y peligroso: pero la obediencia nunca ha sido su fuerte de usted. En fin, pasemos esto por alto. . . Qué desea usted?

—Quisiera, dijo Germana bajando la frente ante los duros reproches del sacerdote, rogar á usted me diga cuándo puede hacer la consagración de la Capilla. A usted es, señor, á quien toca bendecir el santuario y decir la primera misa, y le agradecería yo mucho que me fije día para eso.

—¿Y piensa usted, dijo el Cura encojiéndose do hombros, que voy á dar una resolución á ton-tas y á locas? Es preciso una consulta previa al Señor Obispo y ver ante todo si el edificio se en-

cuentra en las condiciones prescritas por las leyes litúrgicas. Como á nadie consultó usted sobre el particular, tengo derecho para pensar que puede la obra no estar apropiada á su destino.

Al venir así, tempranito, mi intención era rogar á usted que si no tiene otras ocupaciones me acompañara á examinar el interior de la capilla.

Ese era el mayor deseo del Cura, pues esperaba encontrar motivos de censura y aprovechar la ocasión para rebajar la soberbia de esta chiquilla presuntuosa. Su dignidad no le permitía tomar la iniciativa, y por eso le agradó que Germana le saliera al encuentro. Por otra parte, la actitud sumisa y la humildad de la jorobada lo iban desarmando poco á poco.

—Vamos. . . le dijo. Iré leyendo mi breviario por el camino.

Se puso su sombrero, y con aspecto adusto aún, dijo á Germana abriendo una puerta que daba al patio:

—Vaya usted; ya la sigo.

Caminaron en silencio por las calles y Germana iba confiada en que por el camino el Cura le haría preguntas, prometiéndose que gracias á la familiaridad que se establece entre quienes caminan juntos podría disipar las prevenciones de su confesor y traerlo á más dulces sentimientos, pero su esperanza se frustró. Desde la salida de la aldea el sacerdote abrió su breviario y no levantó los ojos de él hasta que llegaron á la cuesta de Allofroy donde la joven tocándole el brazo respetuosamente, le mostró el sendero que se debía subir. El Cura indicó en un movimiento de cabeza que conocía el camino y siguió mascullando sus oraciones hasta que al llegar á la cumbre levantó la cabeza.

Los escombros y malezas habían desaparecido y en su lugar avenidas enarenadas rodeaban un prado frente á las gradas que daban acceso á la apilla. Blanca y bañada por el sol ésta recorta-

ba sobre el azul pálido del cielo, su fachada de aristas pronunciadas y su esbelto campanario. Los árboles que se habían sembrado al rededor empezaban á retoñar. Sobre el frontón de la portada se leía grabado en la piedra: *Santa Clara: ruega por nosotros.*

Germana sacó una llave de su bolsa, abrió y dijo humildemente:

—Pase usted, señor Cura.

En el interior, á la luz de las vidrieras de colores se veían las paredes limpias, la bóveda elegante que consolidaban arcadas pintadas de gris y bajo la cúpula el altar revestido de encina tallada y barnizada. Un tabernáculo coronaba la gradería en la cual, candelabros de bronce dorado alternaban con vasos de porcelana antigua de Agrey extraídos por Germana del depósito de las curiosidades de familia. Todo esto, sencillo y sobrio causaba una impresión de virginal frescura; la luz tamizada al través de los cristales se esparcía serena y dulce como lluvia de nieve. Un rayo de sol único venía del campanario al altar y hacía resplandecer el dorado de los candelabros y el gris de las porcelanas.

—Ay! suspiró el Cura; cuando se trata de dar, las gentes de los palacios tienen por lo común el corazón más duro que los campesinos. ¡Cuánto has debido hacer para enternecer sus animos!

—Lés reíataba la historia de Santa Clara, les hablaba de la antigua capilla derruida: y cuando reían me obstinaba en convencerlos, y cuando me despedían con injurias partía rezando á Dios para que los perdonara y fueran muy felices..... y á veces ellos mismos, avergonzados de su rudeza me llamaban de nuevo y me daban su limosna. Y yo no más recibía, y el buen Dios era el que lo hacía todo.

El sacerdote penetrado de emoción, levantaba las manos al cielo.

—Dios mío, exclamaba: alabado seáis por haber colocado vuestra confianza en esta niña y perdonadme por haber dudado de ella! Alabado seáis en los cielos por haber renovado en esta alma pura el ardor de los santos de los primeros siglos! ¡Germana Vincart, la bendición de Dios ha caído sobre tí. Arrodíllate á mi lado, y demos gracias al Señor!

Y los dos juntos entonaron el *Te Deum lauda.*



Aunque el cura buscaba con empeño algo que censurar no encontró nada y su rostro demostraba agradable sorpresa; se acercó al tabernáculo, se inclinó sobre la mesa del altar, y observó la piedra simbólica marcada con las cuatro cruces.

—No hay detalle alguno olvidado, murmuró entre dientes. Esta chiquilla ha pensado en todo.

Y volvió junto á Germana que fijaba en él sus pupilas negras ansiosamente interrogadoras. En este instante una ráfaga de viento se coló por la puerta entreabierta y se pudo notar que bajo la acción de la corriente de aire, una nota metálica había vibrado en el campanario.

—Una campana! exclamó el Cura. Ni la campana se le olvidó. Y maravillado fijó sus miradas en la altura.

Los bajó luego lentamente sobre la jorobada, la miró con cariño y una leve sonrisa pasó por sus labios.

—¿Y eres tú sola Germana quien con tus débiles recursos has podido reconstruir así la capilla? dijo volviendo al *tu'co* familiar.

—Oh! no sola, señor Cura; soy demasiado pobre para eso, pero personas de buena voluntad como el padre Sausseret y el leñador Arbillot me han ayudado; y he recojido abundantes limosnas.

—Las gentes de aquí no son ricas y habrás necesitado ir á muchos puntos y llamar á muchas puertas antes de reunir el dinero necesario.....

—Santa Clara ha venido en ayuda mía..... Iba yo por todas partes acompañada de Clarisa, á quien aun no perdona usted y que ha redimido sus faltas con el arrepentimiento y la enmienda; entrábamos en las cabañas lo mismo que en los palacios y pedíamos á todos.

mns. Cuando terminó la acción de Gracias, el Cura poniéndose en pié dijo á Germana.

—Hija mía, mañana iré al Obispado y daré cuenta á Monseñor de lo que has hecho; obtendré la autorización de bendecir el oratorio y te fijaré el día de la inauguración.

A los pocos días, Germana recibió aviso de que la fiesta sería el próximo jueves y esta noticia llegó cuando la jorobadita estaba enferma y en cama. Las excursiones fatigosas del último invierno, y las emociones de la semana anterior la habían producido una fiebre que la agotaba; pero el aviso le dió tal alegría que le volvió las fuerzas. El Miércoles se vistió tempranito y apesar de las observaciones de Clarisa fué á la selva y la hizo ir para recojer flores y adornar la capilla.

El sol ascendía en un cielo claro; pero como suele suceder en Abril, de pronto las nubes se amontonaron y cuando las jóvenes volvieron con sus cestos henchidos, estaba preparada la tempestad. Colmaron de ramilletes las gradas del altar, un suave olor de primavera se esparció por el oratorio, y luego dejaron todo listo para la solemnidad del siguiente día.

Cerraron la puerta y tomaron el camino de Auberive; pero estaban al fin de la cuesta cuando cayó una fuerte lluvia acompañada de granizo y volvieron empapadas á su habitación. En tanto que Clarisa hacía fuego, Germana se acostó sacudida por la fiebre y luego fué preciso llamar al Dr. Brocart que cuando llegó encontró á la jorobada delirando.

—Siempre lo mismo, dijo: le recomendé que no saliera y va al campo bajo la lluvia. Tiene pulmonía fulminante. Que Santa Clara la salve si quiere. Yo ya no puedo más.....

El jueves por la mañana el sol apareció radiante y bello; las campanas parroquiales repicaron anunciando la ceremonia de la inauguración y sus vibraciones volaban por el aire luminoso y del otro lado del valle del Aube entre la arboleda de Allofroy la voz argentina de la campana de Santa Clara les respondía, pero Germana no escuchaba ya este concierto.

Mientras las hermanas del Rosario se encaminaban en procesión al oratorio; mientras que bajo el palio de terciopelo con franjas de oro el Cura las seguía; mientras los acólitos balanceaban sus incensarios y la masa de los fieles entonaba cánticos, aquella que había reunido toda esta multitud y suscitado todas estas demostraciones yacía moribunda en su lecho presa de la fiebre y el delirio. Junto á su cabecera Clarisa desesperaba. Esta cruel agonía la sublevaba y su naturaleza instintiva y su alma ruda se revelaban contra la incomprendible injusticia del cielo. Por la ventana el viento traía el eco de los cánticos, el repique de las campanas, y un hervidero de cólera le subía al cerebro. Esta alegría esparcida en el aire le parecía un insulto á su única amiga, á la que había tenido todos los trabajos, y ahora un Dios cruel la privaba del triunfo.

Hacia el medio día, cuando terminó la ceremonia, Germana pareció recobrar su lucidez. Habiendo sabido el Cura su gravedad, acudió y cuando ella lo vió entrar sonrió y le saludó con un movimiento de los ojos.

—Hija mía, he dicho la primera misa por tu alma; la ceremonia ha sido edificante y tu nombre estaba en todos los labios.

—Lo sé, Padre, he visto todo en sueños. No me llore usted: he llegado al Tabor.

Su carita, en efecto, estaba transfigurada y sus ojos negros brillaban con apacible y mística luz, cuando con voz vibrante dió gracias á Santa Clara que vino por ella para llevarla al Paraiso. Luego, volviéndose á Clarisa le dijo como la Santa al morir!

—“No llores, regocíjate porque estoy mirando al Rey de la Gloria.”

Resurgieron ante sus ojos los recuerdos de la infancia, los de cuando con Marcial y Clarisa iba á pedir por las quintas los huevos de pascuas; luego vislumbró visiones encantadoras; y ante sus ojos, abiertos sobre el más allá, apareció la Reina de los cielos seguida de un ejército de vírgenes las cuales le enseñaban un camino de flores que subía por el firmamento.....Hacia la puesta del sol sus miradas tuvieron una última irradiación y dijo con inefable sonrisa las palabras de San Francisco:

—«Amor, amor! Jesús deseado, Jesús, esposo mío, quiero morir en tus brazos.....»

Y Jesús accedió á su ruego y ella suspiró y murió.

Con el cuerpo que había recobrado su rectitud y esbeltez, la faz inmaculada como la corola de un lirio silvestre y como inundada de alegría sobre humana, yacía inmóvil en su lecho cuando de improviso una ráfaga de viento abrió las ho-



jas de la ventana y esparcidas por este soplo de Abril las flores del cerezo y del peral, cayeron como lluvia de nieve sobre el lecho de su hermanita Germana como para celebrar sus bodas místicas con el esposo de sus sueños.

FIN.

PAGINAS DE LA MODA



FIG. 1—TRAJE PARISIENSE.

PAGINAS PARA LAS MADRES

¡Cuán hermosa, brillante y despidiendo rayos de luz, es la aureola que circunda á la casta esposa, á la mujer esclava de sus deberes, á la que levanta la frente

con orgullo; porque nada empaña, nada marchita ni descolora la flor de su virtud, de su pureza, de su reputación!

¡Qué noble satisfacción ilumina el semblante de la digna madre, cuando en la vida conyugal se ve halagadora por el respeto, el amor la estimación del hombre

que ha sido el compañero de su vida, y encuentra la suave y cariñosa mirada de sus hijos hija en la suya, solicitando una palabra, una caricia de aquella que es su guía y amorosa consejera!

El mejor juez es la conciencia y esa lógica opinión debe ser la base de nuestras acciones, así como la fe

es la celeste protección que jamás abandona á quien el camino de la virtud sigue.

II

La mujer, para ser buena, tiene necesariamente que aprender de la que le dió el sér, y séguir sus huellas; ese buen ejemplo la acompañará de la cuna á la tumba.

Las madres tienen que ser ilustradas para que sus hijos lo sean.

Tienen que ser virtuosas, para que en sus hijos se reflejen sus virtudes.

Deben ser amantes, para que ese tesoro de ternura haga sensibles y amorosos á los ángeles de su vida conyugal.

Bondadosas y humanitarias, porque la caridad es el aroma que transmitirán á los tiernos capullos que son savia de su vida.

La madre hacendosa, la madre económica, cuidadosa de sus intereses, centinela contra los abusos, amable á la par que severa con sus criados, inexorable en la moralidad y buenas costumbres, prepara el camino para que sus hijos sean más tarde dignos imitadores, pues la niña moralmente hablando, parece que no se fija demasiado en detalles domésticos, pero se graban sin que ella forme empeño en su corazón, y dan forma á sus ideas y principios.

Una mujer es el alma de la sociedad, y la imprime su sello. La mujer es la balanza en el universo, la fotografía de la civilización de los pueblos.

La pedantería es el reverso de la ilustración; y el lujo y el despilfarro no son el modelo de la elegancia y el buen gusto.

Una mujer pobre, puede brillar por su distinción más que otra que arrastre una larga cola de terciopelo sobre rica alfombra de Persia.

Una madre debe enseñar á sus hijos á ser aseados en alto grado y á tener elegancia de la sencillez, pero acostumbrarlos nunca al lujo.

Un vestido blanco hará valer más á una joven que otro costosísimo; y un hombre sensato que admira en el hogar á una mujer juiciosa, digna y sin ostentación, creará en su mente el paraíso de una dicha al enlazarse con la hija de tal madre.

La ligereza de carácter puede acarrear graves consecuencias, y una esposa debe medir sus acciones y sus palabras, porque la sociedad juzga siempre por las apariencias.

La esposa del sol

Hace algunos años había en Montmartre, en casa del Doctor Blanche, que cura toda clase de demencias al revés de sus demás colegas de la medicina, esto es, prodigando á sus enfermos las más exquisitas cuidados y dejándolos gozar de la libertad, había, decimos, una mujer cuya locura era singular é interesante.

Esta infeliz, joven aún, de rostro dulce y angelical, no tenía otra manía que la de figurarse casada con el sol, y decía que éste, cubierto su



FIG. 3.



FIG. 2 —ESPALDA DE LA FIG. 1.

velo con un transparente de nubes, le había prometido ser suyo enteramente en un bermose día de Otoño.

Desde entonces ella pertenecía al sol, como el sol le pertenecía á ella pues había sentido sobre la mano el ardiente ósculo de esposo y desde entonces ya no existía más que para él. El sol era su gloria, su placer y su triunfo; levantábase por las mañanas antes de que aquel despidiese sus primeros destellos desde el cielo y fijaba en él la vista esperando á que saliese su esposo, al que saludaba como los pájaros le saludaban con su cántigo; como el río le saluda con su murmullo; como la rosa le saludaba con su perfume.

Cuanto más hermosa estaba la naturaleza al salir el sol, cuanto más sereno aparecía el cielo, cuanto más placentera estaba la creación entera tanto más feliz era la pobre loca. ¿No era su divino esposo el que por doquier arrojaba su luz y su calor? . . . ¿No era el rey del mundo? ¿No había pasado ella toda la noche soñando con el vivificador de la creación? . . . El alma del mundo era también su alma. Así, en éxtasis perpetuo y celestial, seguía el curso del sol y procuraba recoger hasta sus menores rayos; cuando más se remontaba aquél al firmamento, tanto más crecía en entusiasmo poético.

Apenas se podía lograr de la loca que hiciese las comidas acostumbradas; tan ocupada estaba con su pasión.

Y aun para hacerla tomar algún alimento, preciso era decirle que su divino esposo había dorado aquellos manjares, madurado el trigo y sazonado los frutos, vertía en su honor una gota de leche por la mañana, y vaciaba después el vaso á su salud; luego, cuando comenzaba á perderse el rayo luminoso detras del Sena, la tierna esposa se ponía tan inquieta como puede estarlo la mujer de pobre pescador, que tiene á su marido ausente hace dos meses, y que oye mugir el mar.—¿Qué será de mi esposo?—decía la loca—Con tal que no se hiele en el camino, gran Dios, consiento en perderle.—Poco

á poco iba haciendo lugar el sol á la noche, entonces juntaba sus manos sobre el pecho la pobre loca y con un tono misterioso y con una voz dulcísima decía á su esposo:—*¡Espérame, Espérame!* . . . En seguida entraba en su cuarto á toda prisa, porque lo quería hacerlo aguardar. ¡Feliz y singular locura! ¡Dichoso delirio! Tener unida su alma al cielo por un rayo de ese astro vivificador; no sentir otra pasión que la de un cielo sereno; no temer sino á las nubes que velan al astro del día; ser feliz siempre que la naturaleza es feliz, abrir su alma al dulce calor, como hace la tierra, y recibir de él su benéfica influencia; entonar por lo bajo un cántico á su amor, y no tener celos más que de la hierba de los campos. . . . Tal fué la vida de esta pobre loca por espacio de dieciséis años.

Y no por eso dejó de tener también pesares lo mismo que si no estuviese demente; pues así que venía el invierno y miraba palidecer el rostro de su esposo y temblar bajo la nieve como haría un joven herido de muerte; así que veía aquella gloria inmensa oscurecida por espesas nubes, lo mismo que sucede á los más grandes hombres, cuya gloria oscurece el orgullo; entonces la desgraciada mujer era en efecto la más triste de las criaturas; entonces no había reposo, cántigo y alegría en su alma, ¡Cuán largos le parecían los días de invierno, cuando veía que su esposo decaía y temblaba, apoyando su cabeza fatigada sobre las montañas cubiertas de hielo! Aquellos eran padecimientos efectivos, era un amor como el que sienten de siglo en siglo las compañeras privilegiadas de algunos genios desgraciado.

Así cuando en la primavera la pobre loca del doctor Blanche encontraba á su esposo como lo había dejado en el mes de Mayo; cuando veía que las hojas de los árboles anunciaban su venida, entonces la pobre mujer se quitaba el luto y vestía su rico traje, y cantaba su más dulce himno: "Regocijaos, el cielo y la tierra, los astros del firmamento y las honras del manso río; regocijaos todos; regocijaos ángeles de los cielos y hombres de la tierra. . . mi esposo estaba ausente y enfermo y ya ha vuelto con salud; el sol se hallaba ausente, pero ahora, regocijaos, ya está de vuelta." Y en efecto, la naturaleza se regocijaba con la vuelta del esposo de la infeliz loca.

Un día, hace pocos años, el sol á la mitad de su carrera, lanzaba sus rayos más puros sobre la tierra.

Sentada sobre la hierba, seguía los pasos de su augustísimo esposo en el cielo. Nunca había estado tan lleno de amor el corazón de aquella pobre mujer; nunca había estado tan cerca de la realidad. Entendíanse tan bien ella y su esposo, que marchaba éste muy lentamente sobre ese manto azul del firmamento, para tener tiempo de verla de rodillas delante de él.

Pero de repente, ese poderoso rayo de la naturaleza se detiene y oscurece, de repente desaparece el sol, no como otras veces, por grados, sobre las orillas del río, después de haber sacudido el polvo brillante de su túnica y de sus pies, sino que se detiene súbitamente, se oculta y no se ve ya ¿Dónde se ha escondido?

—Sí;—exclama la desventurada—sí; mi esposo está en casa de mi rival, sí, me es infiel. . . véle que parte á la mitad del día, y no por eso á la noche vendrá.



FIG. 4

- 13. Ganad el dinero antes de gastarlo.
- 14. Nunca pidais prestado, si os es posible evitarlo.
- 15. Nunca hablais mal de nadie.
- 16. Conservaos inocentes, si quereis ser felices.

Nuestros grabados

FIG. 1.—TRAJE PARISIENSE.

El *ecru* y las muselinas están adquiriendo mucha boga en esta estación y no sólo las nutridas sino las excesivamente transparentes. Casi todos los trajes son elaborados con ellas y el *ecru* claro es el más usado. Frecuentemente se emplean colores contrastantes en combinaciones más ó menos felices; pero más frecuentemente un solo tono general hay para todo el traje. Uno lindísimo de *ecru* es el que ofrecemos hoy á nuestras lectoras. Está hecho sobre un fondo del mismo género, combinándose así dos diafanidades de la manera más bella.

La falda entera esta formada de entredoses de blonda colocados en rombos, que dan un precioso efecto. Alrededor del remate inferior de la falda hay tres órdenes de volantes ribeteados de blonda. El cuerpo está hecho exactamente como la falda, con la sola diferencia de que los rombos de blonda son más pequeños. La espalda muy entallada y el frente en forma de blusa.

Es un precioso aditamento de este traje, la capa, excesivamente ligera y más que todo, de adorno, como para estos días de verano, y de mucho efecto. Es de finísima cachemira oscura con un gran yoke bordado que cubre los hombros, asciende en la parte posterior del cuello y descende romboidalmente hasta la medianía de la espalda.

Además, otra gran aplicación bordada, orla todo el vuelo de la capa. Gran solapa smoking de muselina blanca plissée.

FIG. 2.—ESPALDA DE LA FIG. 1.

FIGS. 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9.—PEINADOS, PELUCAS Y POSTIZOS

No todo el mundo tiene una cabellera opulenta y sin embargo todas las mujeres sueñan en peinados adorables, tales cual los que reproducimos hoy en nuestro semanario.

Gracias á una habilidad netamente femenina podemos no obstante, realizar peinados de un primoroso efecto; porque si la naturaleza no nos ha dotado á todas de una bella cabellera ó bien la edad lleva á cabo su obra de destrucción, el arte lo remedia todo, con sus postizos maravillosos.

Muy recientemente, por ejemplo, se inventó en Pa-



FIG. 8

ris un tul de mallas cerradas, que da á los postizos doble duración de los que hasta hoy se han hecho con los tules conocidos.

Los modelos que ahora publicamos están estudiados de acuerdo con el color de los cabellos.

FIG. 3.—EL PEINADO.

Levantando todos los cabellos hácia atrás y conservando algunos anillos sobre los lados de la frente es delicioso para una rubia. El peinado número 4, está destinado á una dama de edad. La parte del frente está peinada con cabellos naturales ondulados, soportando sin perder su gracia todas las intemperies. Su precio varía según la calidad de los tules y de los cabellos.

La figura número 5, es una de las peinetas más en boga para el peinado número 8

La figura número 6 muestra todos los cabellos levantados, formando aureola sobre la frente. Para formar el lindo nudo que corona todo el peinado, se añade una mata de pelo de 70 centímetros de largo.

La figura número 7 es una peineta de alta novedad para la figura número 6.

Figura número 8. Esta es una transformación del peinado á raya lateral, destinada á una persona que haya perdido por completo su cabellera.

Figura 9. Estilo 1830. —Sobre el delantero hay un pequeño postizo y detrás una mata de pelo, formando penacho elevado.

Estos peinados pueden hacerse también con postizos, llamados transformaciones.



FIG 7

En amor poseer no es nada; la dicha consiste en entregarse.

DUMAS (HIJO.)

La mujer es un perfume que sólo dá su perfume en la obscuridad.

LAMEUNAIS.



FIG 9

Y como ella no vivía sino para verle durante el día, más que para esperarle durante la noche, para saludarlo á la aurora, para cantarle en la primavera, para admirarle en estío, para bendecirle en otoño, para llorarle en invierno, para amarle en todos tiempos, al verle desaparecer así, sin saber dónde, ni saber si volvería, murió la pobre mujer durante el eclipse, murió de celos, de desesperación y de amor.

Apenas hacía un segundo que no respiraba, cuando el sol, libre de un inocente paso tras la luna, proseguía tranquilamente su camino; pero ya era demasiado tarde; todo aquel drama se había terminado, y el inmortal esposo, objeto de violento cariño, no hirió ya con sus rayos más que unos ojos cerrados y extinguidos. Si... si: la pobre mujer era cadáver, porque el triste y calmoso auxilio que el sol la envió en un rayo, y que se detuvo sobre ella como para pedirle perdón de su involuntaria ausencia, no fué capaz de despertarla, ni de reanimar su corazón helado.

JULIO JANIN.

Reglas de conducta para niños y adultos.

- 1.^a Buscad buena compañía ó ninguna.
- 2.^a Nunca seais perezosos; si vuestras manos no pueden estar bien ocupadas, atended al cultivo de vuestra inteligencia.
- 3.^a Hablad siempre la verdad
- 4.^a Sed parcós en las promesas, y esas cumplidas.
- 5.^a Cuando hablais á una persona, miradla de frente.
- 6.^a La buena compañía y la buena con-

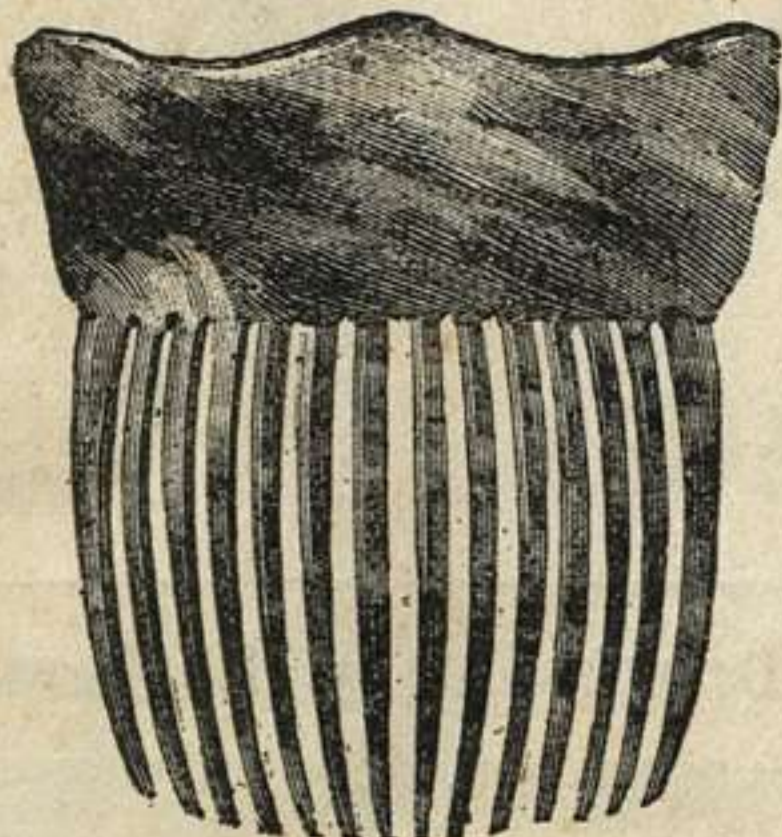


FIG 5

versación, fomentan la verdad y el bien.

7.^a El buen carácter es preferible á todo lo demás.

8.^a Si alguna persona habla mal de vosotros, haced vuestra vida tal, que nadie le crea.

9.^a Nunca bebais licores embriagantes.

10. Cuando os acosteis, pensad en lo que habeis hecho durante el día.

11. Nunca juguéis á juegos de azar.

12. Evitad la tentación, no sea que no la podais resistir.



FIG. 6

CABAL SALUD

Pueden alcanzarla todos aquellos que siguen el ejemplo de la Sra. Lizzie W. De Veau, del 262 15th St., Brooklyn, Nueva York, E. U. A.

"Por años, en todas las primaveras he padecido de dolores de cabeza inaguantables, acompañados de falta de actividad; de modo que la estación que anhelaba ver llegar era por mi temida, porque á medida que se presentaba el tiempo caliente y agradable sentía el cansancio y el dolor.



El boticario de quien me servía habíame conocido desde la niñez, y hubo de aconsejarme que tomara en la primavera la Zarpaparrilla del Dr. Ayer. Así lo hice y desde que la probé no he experimentado ningún síntoma de dolor de cabeza; mi apetito es excelente y atiendo á todos mis quehaceres diarios con tal contentamiento y energía que me sorprenden."

La Zarpaparrilla del Dr. AYER

HA CURADO Á OTROS Y LE CURARÁ Á USTED

Cia Manufacturera

DENTAL MEXICANA

Fabricantes de instrumentos para medicos

— Y DENTISTAS —

Agentes Generales de Fabricantes Americanos y Europeos

APARTADO NUMERO 101

Sr. COLIN MACKENZIE
SECRETARIO Y TESORERO

Dr. C. A. YOUNG.
PRESIDENTE Y GEREN GENERAL

CALLE DE VERGARA Núm. 18

J. M. AMEZCUA MORENO.

Habiendo adquirido mucho mayor prestigio mi acreditada medicina
Curación radical de la Impureza de la sangre,
deseando generalizar más en beneficio de tantos como lo necesitan, desde esta fecha la venderé á
\$1.50 CS. EL POMO.

mitad del precio que antes tenía.
No obstante esta notable rebaja, la Medicina será la misma en cantidad y calidad. Se garantizan N siempre sus excelentes efectos, como olvidar que cura en un término, no menor de 15 días, ni mayor de 30, las afecciones siguientes: Enfermedades de la señora, Reumatismo, Gota, Mal venéreo, Gonorrea, Escrófulas, Anginas, Tumores, Erupciones herpéticas, Hervor de sangre. El mejor reconstituyente, el mejor aperitivo. Establecida en 1870. Pídanse folletos.
De venta en todas las Droguerías y Boticas. Depósito General: Alcaicería núm. 11.



Enfermedad es efecto, no causa. Lleva en sí misma su origen; sus manifestaciones son exteriores. Por consiguiente, para curar una enfermedad la causa debe ser curada ante todo y de lo contrario ninguna enfermedad puede ser curada. "Warner's SAFE Cure," funda su gran reputación en ese principio. Demuestra que el
95 POR CIENTO

de todas las enfermedades proceden de desórdenes en los riñones y del hígado, y atacan directamente la raíz de la enfermedad. Sus componentes obran directamente sobre aquellos órganos, tanto como alimento como restaurador, y poniéndolos en buenas condiciones de salud alejan enfermedades y dolor de del sistema general.

Para las innumerables dolencias causadas por sufrimientos en los riñones, hígado y órganos urinarios; para los sufrimientos de las mujeres, para toda afección nerviosa y de los regios físicos en general este gran remedio no tiene precio, ni igual. Su gran éxito pasado es una garantía para su futuro.

WARNER'S SAFE CURE CO.
Rochester, New York, U. S. A.
SE VENDE EN TODAS LAS BOTICAS.

Reservado

POLVO DE ARROZ

Invisible é impalpable

PRECIOSA HELIOTROPE

PERFUME EXQUISITO DELICADO Y PERSISTENTE

*
ATERCIOPELADO del CUTIS
*
HERMOSURA de LA TEZ
*
Éste POLVO es el Me.or y mas APRECIADO de todos los POLVOS DE ARROZ

*
OLORES
*
VIOLETTE
MIMOSA
ROSE MOUSSEUSE
IRIS
HELIOTROPE
PEAU D'ESPAGNE
LILAS
MUGUET

ED. PINAUD

37, boulevard de Strasbourg PARIS

NUEVOS PERFUMES

de

RIGAUD & C^{IA}

Extractos para el pañuelo

VIOLETA BLANCA
FLORES DE AUVERNIA
LUCRECIA
LUIS XV
ROSINA
CYPURUS
LILAS DE PERSIA
PERFUMES DE BIRMANIA

GRACIOSA
ASCANIO
MELATI
YLANG
JABON de las ACTRICES

JABONES y POLVOS de ARROZ A LOS MISMOS OLORES

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las Droguerías y Perfumerías.

GRAN OFERTA.

Preciosa YAGILLA DE PLATA, Gran.

Para presentar nuestro inmejorable remedio CASCARA DE TE DEL DR. HART, al público de México DAREMOS ABSOLUTAMENTE GRATIS un valioso servicio de plata, consistente en un CUCHILLO PARA MANTEQUILLA, una ALCARERA y una CUCHARILLA. Están hermosamente grabados y muy bonitos para el caso.

La medicina CASCARA DE TE DEL DR. HART es la mejor y más segura en el mundo para la cura de Constipación, Dispepsia, Indigestión, Abatimiento del Corazón, Dolores de Cabeza, Nerviosidad, Afecciones del Hígado é de los Riñones y todos los desórdenes de los órganos de la digestión y nutrición.

Es puramente vegetal y absolutamente inofensiva. Su acción es agradable y efectiva; no causa molestias ni desagradables efectos. ES USADA POR LOS MEDICOS DE LOS ESTADOS UNIDOS Y DE GRAN REPUTACION EN TODO el MUNDO.

Como un aliciente para que la gente de México trate este maravilloso remedio, enviaremos las tres piezas de servicio de plata descrita arriba con cada paquete de CASCARA DE TE DEL DR. HART.

PRECIO DEL TE, DOS PESOS. Todas las órdenes se despacharán pronta y cuidadosamente.

Envíen el dinero Mexicano por correo Certificado á Franklin Hart Remedy Co., Warren St., NEW YORK U.S.A.

"LA MUTUA"

Puente de San Francisco número 1, Casa propiedad de la Compañía Pagado á sus tenedores de Pólizas más de \$437 000,000. Director Médico, Eduardo Liceaga. Director General, D. de Chapeaurouge. Gerente General, Juan Hatfield.
Compañía de Seguros Sobre la Vida de Nueva York.
Activo, mas de 254.000,000 de pesos, oro americano

